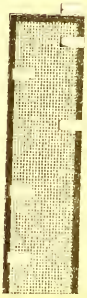
UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA

BOOK CARD

Please keep this card in book pocket



THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL

ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

PQ7797
.G79
C29

a 00000 02697 4

This book is due at the LOUIS R. WILSON LIBRARY on the last date stamped under "Date Due." If not on hold it may be renewed by bringing it to the library.

DATE DUE	RET.	DATE DUE	RET.
MAY 18 2000			
MAY 15 '00			
Form No. 513			

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/uncapitndeladron00guti

E. GUTIERREZ

UN CAPITÁN DE LADRONES

O SEA

ANTONIO LARREA

UN CAPITAN DE LADRONES

UN CAPITÁN DE LADRONES.

Larrea se lanzó sobre el comerciante, apretàndole la garganta de tal modo, que no pudo lanzar ni el más leve quejido.

RC
C

EDUARDO GUTIERREZ

PQ7797
.G79
C29

UN CAPITAN DE LADRONES

Ó SEA

ANTONIO LARREA

EN

BUENOS AIRES

N. TOMMASI
BUENOS AIRES

ES PROPIEDAD DEL EDITOR

LIBRARY UNIV. OF
NORTH CAROLINA

I.

El más famoso criminal que haya pisado jamás una cárcel en Buenos Aires, es sin duda alguna Antonio Larrea, muerto últimamente en la Penitenciaría, bajo el nombre honorable de « el 291 ».

Antonio Larrea era un criminal originalísimo; tendría más ó menos cuarenta años y era lo que las mujeres llaman un buen mozo.

Fisonomía franca y abierta, ancha frente, nariz aguileña y ojos grandes de pupilas celestes, aquella cara interesante hubiera engañado al ojo más perspicaz: sólo en su boca *plegada* siempre por « una triste sonrisa » había una expresión de maldad incalificable, aunque ella estaba algo disimulada por la infinita travesura que irradiaban sus ojos.

Antonio Larrea era un ladrón consumado, pero un ladrón fino, capaz de robarle las narices al mismo Jefe de Policía, y pasionista por la *punga*.

Su lectura era el « Conde de Montecristo », libro que leía al extremo de saberlo de memoria, pues decía que algún día uno de sus *tiros* lo había de convertir en un segundo Montecristo.

Larrea era un criminal fugado de los presidios de Europa, adónde lo habían llevado sus crímenes y asombrosa afición por lo ajeno, al extremo de llegar hasta capitanear una cuadrilla de ladrones de camino.

841301

Natural de Valladolid, Larrea desde jóven se había entregado á la *punga*, con bastante felicidad; reclamado en Buenos Aires por las autoridades de España, se supo algo de su vida, que el lector puede calcular cómo sería, leyendo esta última hazaña que hizo allí.

Capitán de ladrones á caballo, Larrea tenía asolados los caminos, queriendo hacer reproducir en sí las famosas hazañas del novelesco Juan Palomo y Diego Corriente, tipos ennoblecidos con un gusto detestable, por la rancia literatura en que se enviciaron escritores como Fernandez y Gonzalez y otros que lo siguieron en este camino pésimo.

Uno de los que formaban parte de la gavilla, envidioso de la fama de Larrea y deseando vengarse de él, por cierta aventura amorosa, lo delató á las autoridades catalanes, indicándoles el paraje dónde lo podrían encontrar.

La policía se armó en reglá, pues la partida de Larrea era numerosa y aguerrida, y poniéndole por sebo una diligencia, cayó sobre ella una noche y la sorprendió mientrás ésta se ocupaba en desvalijar á los fingidos pasajeros.

Larrea combatió con la policía un corto intervalo, pero tuvo que ceder al número y se entregó después de perder tres hombres en el tiroteo.

Cargado en ancas, y bien amarrado, fué conducido á la cárcel, donde debía esperar la terminación de un largo sumario; terminación que sería para él la aplicación de la última pena.

Allí, en el presidio, supo por la mujer en cuestión, antigua novia del ladrón delator, quién lo había delatado, pues el bandido había ido á su casa á notificarle cómo se había vengado de las humillaciones que le hizo sufrir Larrea.

Si Larrea había decidido fugarse del presidio para no *servir de racimo*, cuando supo el nombre de su delator, el deseo de vengarse dió alas á su inteligencia y bien pronto encontró el medio deseado.

Ya se había terminado el sumario, y se trataba de leerle la sentencia de muerte, con cuyo objeto se trasladó una mañana á la cárcel el escribano del crimen, seguido del alcaide.

Abrieron la puerta del calabozo, pero Larrea no estaba allí; se le buscó por todo inútilmente: se había fugado sin ser sentido se le buscó por todo inútilmente: se había fugado sin ser sentido por persona alguna; un papel había dejado en el calabozo clavado con un alfiler en la pared.

Aquel papel, con una hermosa letra española, decía: « Me mando mudar á otra parte, porque yo no he nacido para adorno de horca. Búsquesemene, sin embargo, en casa de Joselito Salat, mi delator. »

Aunque con pocas esperanzas, la autoridad se trasladó á casa de Joselito, donde si no halló á Larrea, encontró el sangriento rastro de su persona.

Extendido en el suelo, y liado con unos cordeles, estaba Joselito, sobre un charco de sangre.

Se le hicieron algunas preguntas, pero Joselito no respondió; lo levantaron y desliaron, volviendo á interrogarlo, pero Joselito respondió siempre con el mismo silencio.

Creyendo estuviera moribundo y tratando de inquirir la causa de la sangre de que estaba bañado, Joselito fué prolijamente registrado que dió por resultado una cosa horrible.

Joselito tenía la boca llena de sangre, sangre que le salía del tronco de la lengua. Larrea había estado allí y su venganza había sido espantosa: había cortado la lengua á su delator.

Tres días después de esto, Joselito Salat murió en el hospital adonde fué conducido, y la autoridad catalana no volvió á saber más de Antonio Larrea.

Estos datos son exactos, pues los recogemos de las diversas causas que figuran en su voluminoso sumario.

Un buen día del año 73, Larrea cayó á Montevideo, como caen á América todos los galeotos que llegan á estas regiones; no trajo pasaporte, no trajo nada; pero nadie se preocupó de averiguar quién era y á qué venía.

Aquí comienza la segunda interesante faz de la vida de este famoso criminal.

II.

Siempre aficionado á lo ajeno, en Montevideo se dedicó á la *punga* de calle, lo que le proporcionó la ventaja de ser alojado varias veces en la policía, de donde siempre lograba fugarse, por medios llenos de astucia y de travesura.

Viendo que las pequeñas *pungas* de calle, si bien daban con qué vivir, no dejaban la esperanza de llegar á ser un Montecristo, como él deseaba, resolvió echarse á los caminos, donde se podía ejercer la *punga* en grande escala.

Una tarde venía de Canelones una galera que hacía la carrera de ese pueblo á Montevideo: en la galera, entre los pasajeros, venía un jóven Ochoa que acababa de realizar un negocio de hacienda, trayendo consigo una bolsa de cuero con onzas de oro y libras esterlinas producto del negocio.

Ochoa traía la suma consigo para dejarla en el Banco Mauá, donde acostumbraba tener su dinero.

En el pescante de la galera, y sin ser sospechado de los pasajeros, venía el famoso Larrea mecido por el olor de las monedas de oro, que lo había tomado al vuelo como ladrón de ley.

La noche antes de llegar á la ciudad, los pasajeros con la galera hicieron noche en la fonda de don Serafín.

Allí pasaron la noche alegremente, embarcándose en seguida y siguiendo camino para la ciudad.

La galera partió sin que aquel compañero del pescante apareciera, por lo que el cochero, que lo creía un buen hombre, calculó

que se le habían pegado las sábanas, ó que el vino se le había *hecho rastra* entre las tripas.

El hecho es que al compañero del pescante se lo había tragado la tierra, lo que no impidió se siguiese el viaje tan alegremente como antes, pues nadie había sospechado que el tal *infeliz* del pescante fuese el famoso Antonio Larrea.

Una vez en Montevideo, Ochoa se dirigió al Banco Mauá á depositar su dinero; pero no fué chica su sorpresa al hallar en su maletita, en vez de onzas y libras, una gran cantidad de discos de plomo y alguno que otro boliviano perdido.

Ochoa se echó á llorar como un recién nacido, y se dirigió á la policía dando cuenta de lo que le sucedía.

Inmediatamente la autoridad se puso en campaña y procedió á la prisión del cochero, mayoral y peones de la galera, á los que no se les halló ni un solo centavo.

Se instruyó un sumario que vino á hacer recaer todas las sospechas en aquel compañero de pescante, que había desaparecido de la posada de don Serafín.

Por las señas que dieron todos ellos, la policía oriental se puso en demanda de aquel desconocido caco, desplegando toda su actividad en la caza de este famoso ladrón.

Mucho se anduvo, mucho se corrió toda la campaña, pero inútilmente: el punguista había desaparecido.

Al fin se supo que aquel prójimo había llegado á la ciudad la misma noche que la galera dormía en lo de don Serafín, embarcándose al otro día para Buenos Aires.

La policía de Montevideo envió sus agentes á Buenos Aires, los que se pusieron en contacto con nuestros gallos policiales; y tanto anduvieron y tanto dieron vuelta, que al fin y al postre dieron con la morada del famoso *punguista*, que no era otro que el antiguo conocido de la policía oriental y de los presidios de Cataluña Antonio Larrea.

Conducido de nuevo á Montevideo, fué puesto á la sombra, después de haber sido despojado de una gruesa suma de dinero que aún le quedaba, pues la robada á Ochoa era una suma de bastante consideración.

Se le instruyó un sumario donde apareció su escapatoria y sus pequeñas *pungas* de calle, y fué condenado á cinco años de presidio que Larrea debía cumplir picando piedra y leyendo siempre á su « Conde de Montecristo », libro que no abandonaba en medio de sus mayores calamidades.

Dos meses permaneció Larrea en presidio, mostrándose sinceramente arrepentido de sus pasados yerros, que él calificaba de travesuras, y prometiendo cada día una enmienda ejemplar.

La rigurosa vigilancia que se le hacía había disminuído en algo, al ver la ejemplar conducta que observaba el preso.

Ya se le consentía tener un poco de tabaco y alguno que otro cabo de vela perdido, con qué poder atender á su famosa lectura del « Conde de Montecristo ».

Viendo Larrea que descuidaban su vigilancia, empezó á confiar á sus guardianes, al extremo de inspirarles la mayor confianza.

Una buena mañana en que tardó Larrea en salir de su celda, lo fueron á buscar; pero sólo hallaron, como en Europa, un papel clavado con un alfiler en la pared, que decía:

« Larrea no ha nacido para pobre ni para presidiario: hasta la vista, compañeros. »

Sendos días de pesquisas invirtió la policía oriental, paseando los pueblos de campaña sin poder hallar ni el rastro del famoso Larrea.

La policía concluyó por fatigarse y abandonar la pesquisa, junto con la esperanza de volver á encontrar á tan famosa pieza.

Larrea no salió sin embargo de Montevideo.

Cambió de cara con una facilidad estupenda, convirtiéndose en un gracioso torero andaluz de los que pululan en esa ciudad.

Tan hermosa era la cara que se había fabricado Larrea, que tenía verdaderamente alborotadas á todas las muchachas de su pelaje.

Con unas miradas completamente asesinas y una labia superior, Larrea hizo bailar el alegre corazón de una hermosa vasquita de la ciudad vieja.

Tanto la *cameló*, tanto la dió vuelta y tanto le hizo el amor por lo fino, que la vasquita no tardó en rendirse á discreción, por supuesto, bajo formal palabra de casamiento.

Fué por intermedio de esta hermosa vasquita que Larrea pudo llevar á buen fin y remate la más famosa aventura que haya jamás figurado en un sumario en América.

Larrea se estableció con su vasquita en la calle Santa Teresa.

Frente á esta casa, á la que Larrea había sabido dar el aspecto de la más tranquila morada que haya jamás habitado matrimonio vivo, vivía un jóven oriental, doctor en medicina y persona de mucho dinero: fué á esta persona á quien Larrea puso los puntos, para despojarla de fuertes cantidades.

Las miradas de la vasca y del jóven Galeno empezaron á cruzarse, por parte de ella, creciendo en pasión, según las órdenes del *punguista;* pero por parte de él llena de amor y deseo.

Ambos pelaban la pava, por la tarde, hasta que veían venir á Larrea, á quien la vasca aparentaba tener un miedo descomunal: entónces se separaban con un tierno « hasta mañana », en que la vasquita debía repetir la nueva lección de Larrea.

Una tarde, por fin, el paraíso se abrió para el jóven Esculapio, cuyo más ardiente deseo era la completa posesión de la esposa de aquel andaluz celoso, tan didícil de engañar.

La vasquita le anunció que su marido se ausentaba la mañana siguiente para la Colonia á realizar la compra de unos animales, y que á la oración lo esperaba á comer.

El inocente Galeno recibió esta noticia con un placer inmenso. Jóven, y de corazón fácil de impresionar, se había convencido del amor que le profesaba la vasquita, todo lo cual había calculado Larrea para la realización de su golpe, golpe que él llamaba grande, pues sabía que en casa del jóven había siempre gruesas sumas de dinero y alhajas de sumo valor.

A pedido de la vasquita, el jóven debía despachar sus sirvientes para que no lo vieran entrar ó salir de la casa, pues si Larrea llegaba á saberlo, le iba *abrir en canal.*

Llegó el momento deseado, y el jóven, después de despachar á sus sirvientes, como lo había prometido á la jóven, todo acicalado y perfumado, se presentó en casa de ésta, donde era esperado impacientemente.

En el comedor había una mesa preparada con diversos manjares caseros, dónde ambos se sentaron, con la palabra de amor pendiente de los labios y el cariño iluminando la pupila empapada por la voluptuosidad.

Comieron poco: el amor quita por completo el apetito, pero bebieron fino: el amor invita á beber, y esta fué la perdición del jóven Galeno, que hubiera muerto de terror si hubiese podido ver la mirada siniestra con qué Larrea le espiaba desde la pieza vecina.

Concluyeron de comer y se preparaban á abandonar la mesa para pasar al salón, pero el jóven no pudo moverse: parecía que su cabeza estaba entre una cinta de acero y que sus piernas pesaban diez toneladas. Había bebido vino compuesto con un principio narcótico, lo que se ha explicado después, y quedó profundamente dormido.

Larrea, que esperaba este momento, se trasladó inmediatamente á casa del jóven, mudando á la suya todo lo que halló de valor, acompañado de tres mil patacones en dinero, y dos horas más tarde remontaba el vuelo acompañado de su útil vasquita.

Cuando el jóven despertó, se halló solo en la casa, se levantó y buscó á la dama de sus pensamientos, pero no la halló.

Sospechando que tal vez había sido víctima de una farsa jugada por la mujer y el celoso marido, se fué á su casa, donde se explicó por compdeto la cosa al ver que había sido completamente saqueado.

Inmediatamente se apersonó á la policía, donde narró ingenuamente la manera hábil con qué había sido robado. La policía se puso en campaña, y á las cuarenta y ocho horas había dado con los esposos Larrea, y con ellos en la jaula del Gallo.

En poder de ellos no se encontró ni un centavo, pero la policía se dió tal maña que supo que Larrea había depositado el di-

nero en un almacén, de su relación, dinero que recogió inmediatamente y devolvió á su dueño.

Larrea no negó su culpa; confesó la *punga*, y la acción policial siguió su natural curso.

Ya medio se había olvidado la cosa, cuando el joven Galeno recibió una carta concebida más ó ménos en estos términos:

«Usted es un hombre de influencia y un jóven de corazón. María no ha tenido culpa ninguna en el robo, pues ella ha sido sólo el instrumento de que yo me valí. Es inocente y no ha hecho más que obedecer mis órdenes, impuestas por el temor. Es preciso que usted la haga poner en libertad y me pruebe de esa manera que es V. un hombre justo y de buenos sentimientos.

Antonio Larrea. »

El joven leyó la carta, permitiéndose no acceder á lo que en ella se le pedía: aun estaba indignado y sólo quería el castigo de aquellos dos bribones.

Pasó así una semana, y volvió á recibir la siguiente carta:

«Es usted un descomedido, pues no ha contestado á la carta que le escribí, comedimiento que se tiene hasta con un asesino.

«Prevengo á usted que no estoy habituado á tolerar esas cosas, así es que ahora le intimo haga poner en libetad á María, si no por tranquilidad de su conciencia, por integridad de su pellejo, pues algún día me han de poner en libertad, ó me he de poner yo, y entonces nos veremos las caras.»

Sea por conmiseración ó por terror, el joven dió sus pasos, logrando que pusieran en libertad á María, pero no respondió ni una palabra á la segunda epístola del bandido, quien le dirigió este ultimátum:

«Ya que ha empezado una buena obra, es necesario que la termine, haciéndome poner también á mí en libertad: si no lo

hace así, le prometo cortarle las orejas, así que yo me dé la libertad.

El joven no contestó á esta tercer epístola y pasó un mes sin ser molestado en manera alguna.

Al cabo de este tiempo, Larrea desapareció de su calabozo: se había fugado una noche, sin poderse saber el medio de que se había valido.

La policía echó sus lebreles en su busca, ineficazmente.

III.

Larrea, al salir de la prisión, en vez de salvar el bulto, se había metido en el corazón de la ciudad vieja, donde había promovido el siguiente escándalo, que demuestra qué especie de bandido formidable era el tal nene.

Salió de la policía y se dirigió rectamente á un almacén de la calle Sarandí, donde había dejado depositado el dinero que robó al joven médico.

Después de saludar con todo comedimiento al almacenero y sus clientes, le dijo sencillamente:

—Vengo por el dinero que te dí á guardar.

Un miedo descomunal se apoderó del inocente almacenero, que conocía las agallas de Larrea, pues como se sabe, la policía se había apoderado juiciosamente del dinero.

—Querido amigo, dijo entonces á Larrea, yo no tengo ni un centavo de aquel dinero, pues al día siguiente de tu prisión vino un comisario de policía que sabía que aquí habías dejado el dinero, y como yo no quiero cuentas con la policía se lo entregué.

—Si no tienes cuentas con la policía las tienes conmigo, le contestó Larrea sulfurado: yo te he dejado en depósito una suma de dinero y tú me la tienes que volver, más los intereses.

—¿Pero cómo quieres que te devuelva lo que no tengo? replicó ya medio muerto de miedo el almacenero.

—Pues me lo cobraré yo, concluyó Larrea, saltando el mostrador.

El almacenero, en defensa de sus intereses y ayudado por su dependiente, un morrudo genovés, trató de impedir que Larrea fuese á cometer alguna atrocidad, pero no contaba con la decisión de aquel bandido, que no conocía límites cuando se trataba de tomar lo ajeno.

Larrea se apoderó de una cuchilla de cortar queso, con la que infirió una gran herida al dueño del almacén, y un hachazo en la cabeza al dependiente que encontró por conveniente abandonar el establecimiento en busca de socorro.

Larrea tenía tiempo de fugar y ponerse á salvo antes que llegara la autoridad, avisada por los que huían; pero no quería abandonar el almacén sin llevar el dinero, objeto que lo había conducido allí.

Se puso pues á revolver cajones y meterse en los bolsillos cuanto dinero y pequeño objeto de valor encontró á tiro de sus garritas.

Todos estos datos los conoció la policía oriental, cuando Larrea fué reclamado por la cárcel de Buenos Aires, donde lo condujo su última fechoría.

Larrea estaba ocupadísimo en pasar á sus bolsillos una regular suma de dinero que halló en un cajón de una cómoda, cuando el almacén fué invadido por una partida de vigilantes.

Larrea encontró por conveniente no hacer resistencia á los agentes de la autoridad, quienes lo condujeron nuevamente á la cárcel, después de despojarlo de todo el dinero y alhajas que había robado.

Larrea fué metido en un calabozo más seguro que los que había ocupado anteriormente y se añadió esta nueva á sus viejas causas.

Tres meses permaneció bien vigilado, mientras se terminaba el enorme sumario de todos sus delitos y picardías.

Una noche, por fin, valido del descuído de sus guardianes, ó ayudado de afuera, ó por medio de una habilidad asombrosa, Larrea se hizo perdiz, abandonando su calabozo.

La policía se puso en acecho, desplegando toda su actividad y recorriendo la ciudad y la campaña, pero inútilmente: Larrea había abandonado la cárcel y probablemente el territorio oriental.

Se hicieron pesquisas en la casa de la vasquita María, creyendo que el criminal se hubiera refugiado allí; pero lo mismo que él, María había abandonado su casa, lo que hizo suponer acertadamente que le pareja habría hecho rumbo al extranjero.

Algunos agentes policiales vinieron á Buenos Aires, donde los ayudó con buena voluntad nuestra policía, y otros se fueron al Janeiro en busca del insigne *punguista;* pero por más que se le buscó, Larrea parecía haberse vuelto definitivamente dineros públicos.

Los agentes regresaron á Montevideo y Larrea fué totalmente olvidado: no se supo más qué había sido de él ni de la vasca María.

IV.

Larrea no había salido de Montevideo.

Larrea se presentó un sábado á la tarde en una casa introductora de géneros en momentos en que estaba el dependiente principal en la tienda y el dueño del registro en el escritorio, donde había una caja de fierro que contenía todas las cobranzas de aquel día, caja á que Larrea sin duda había tomado los puntos.

Larrea preguntó por el patrón, pues deseaba hacer una fuerte compra para llevar á la campaña, y fué introducido por el dependiente al escritorio, regresando éste al registro á atender el despacho.

Larrea manifestó que quería comprar artículos por valor de cuatro mil patacones, pero que como consigo no llevaba más que tres mil, se limitaba á apartar los artículos, abonando aquella suma, y llevando la mitad esa tarde y la otra mitad al día siguiente, después de traer los mil patacones que faltaban.

Larrea que tenía en ese momento todo el aspecto de un buen comerciante, no infundió ninguna sospecha al dueño del registro: ¡quién desconfía de un hombre que se presenta á comprar por valor de cuatro mil patacones, llevando tres mil en el bolsillo!

Larrea, que en este sumario figuraba bajo el nombre de Miguel, se sentó en el escritorio y empezó á confeccionar una lista de pedidos, conforme á los precios que le iba señalando el comerciante, hasta completar la suma de los cuatro mil patacones.

Hombre audaz y de inteligencia para confeccionar sus planes, que siempre le daban un resultado feliz, se había puesto tan al corriente en los precios de los artículos que había ido á comprar, que interrumpía de cuando en cuando su lista de pedidos para pedir una rebaja de aquello que le parecía caro, con la misma naturalidad y economía que lo hubiera hecho un honrado comerciante al menudeo.

Una vez concluída la lista de pedidos, Larrea sumó: eran cuatro mil doce patacones: entregó la lista para que la revisara el vendedor, mientras él contaba tranquilamente el dinero que llevaba en el bolsillo.

Ante esta actitud de honradez, que llegaba hasta pagar una gruesa suma adelantada, sin haber recibido una hilacha aún en cambio; ante el aspecto bonachón y los hermosos ojos de Larrea, el comerciante más judío y desconfiado no hubiera vacilado en asegurar que aquel comerciante al por menor, era un hombre honrado á carta cabal.

El negociante revisó la lista, que estaba maestramente sumada, le puso el conforme y procedió á revisar el dinero que su comprador le entregaba; dinero que encontró exacto y que recibió á su entera satisfacción extendiendo, á pedido del comprador, un recibo provisional del dinero en cuestión.

Una vez contado el dinero y extendido el recibo, el comerciante tomó los billetes, abrió la caja de fierro y colocó en ella los billetes por su órden de valor.

Este era el momento que había esperado con un cálculo asombroso el bandido famoso; en hablar, hacer la lista y contar el dinero, había pasado mucho tiempo, de modo que al concluir el negocio era ya muy avanzada la tarde, y en el escritorio había sólo esa débil claridad que precede á la noche.

Al introducir el dinero en la caja, el comerciante, como es natural, daba la espalda á Larrea que permanecía naturalmente apoyado en una esquina del escritorio.

Rápido como el pensamiento, con una seguridad pasmosa y una fuerza de musculatura rara en aquel hombre, Larrea se lan-

zó sobre el comerciante, apretándole la garganta de tal modo, que no pudo lanzar ni el más leve quejido.

Presa del asombro y sobrecogido de espanto, el comerciante quedó extático sin intentar un solo movimento de denfensa: Larrea aprovechó aquel segundo de tiempo, con una rapidez que revelaba la costumbre y práctica que poseía en aquel género de *tiros*.

En menos de dos minutos, Larrea terminó su operación: el comerciante estaba perfectamente liado y amordazado, y Larrea ocultaba su cuerpo debajo del gran escritorio.

Larrea se asomó entónces á la tienda, y en nombre del patrón llamó al dependiente que se apresuró á acudir: Larrea dejó pasar primero al dependiente de manera que éste al entrar le diera por completo la espalda, y repetir la segunda parte del drama.

Como el cálculo era matemático, el resultado fué exacto: al franquear la puerta del escritorio, antes de tener tiempo de notar la ausencia del patrón, Larrea se lanzó sobre el dependiente, aplicándole su mano formidable á la garganta.

Antes que el jóven pudiese darse cuenta de lo que sucedía, ya Larrea lo había amarrado por completo, le había puesto una perfecta mordaza, y lo había colocado al lado del patrón.

En seguida, como hombre que conoce en esas circunstancias que la pérdida de un minuto puede ser fatal, Larrea procedió al verdadero negocio que allí lo había llevado.

En menos de cinco minutos había recobrado sus tres mil patacones y unos cinco mil más, que había en aquella caja que tan maestramente limpiaba; en seguida pasó á los cajones del mostrador, donde hizo una general limpieza, retirándose del registro, después de haber llevado el último peso que halló en los cajones.

Se retiró tranquilamente y volvió la esquina sin ser molestado por nadie.

Tres horas después de haber abandonado Larrea el registro, se notaba en la cuadra una agitación especial.

Numerosos curiosos se detenían delante de la puerta y se

aglomeraban dentro del gran almacén: todos se narraban el robo con más ó menos exactitud, y lo comentaban exagerándolo fabulosamente.

Dos negociantes habían entrado al registro y llamado, sin que persona alguna acudiera al almacén, donde aún no se habían encendido luces, á pesar de ser ya las ocho y media de la noche: habían dado cuenta del hecho á la Policía, cuyos agentes se apersonaron al sitio del robo y practicaron un registro que dió por resultado hallar en el escritorio al patrón y al dependiente medio sofocados por la mordaza que les había puesto el bandido.

Fué entónces que ambos declararon lo que acabamos de narrar. Larrea además había dejado, según su eterna costumbre, un papel en el escritorio, en que se leía, siempre en hermosa letra española, estas palabras:

« El dinero che falta de aquí, se halla depositado en el Banco de Antonio Larrea y compañía, según lo declaro y firmo.

Antonio Larrea. »

La policía buscó á Larrea con toda la actividad del despecho, pero Larrea no apareció: había tomado sus medidas anticipadamente. y al salir del registro se había embarcado para Buenos Aires, dónde también lo persiguió inútilmente, tanto nuestra policía cómo la de Montevideo.

Fué el 4 de Agosto del 75 cuando vino con un pliego de la policía oriental, un comisario reclamando al reo Larrea, que había sido preso en el sangriento suceso en casa del señor Lanús, que como saben nuestros lectores, fué la última hazaña de Larrea.

El comerciante de Montevideo no pudo recuperar un centavo de su dinero, pues Larrea no apareció: debía haberse embarcado para Europa.

Larrea, entretanto, había hecho sentir su presencia en Río

Janeiro, apaleando á un sacerdote porque se negó á darle una partida de defunción.

De este hecho no tenemos detalle alguno, pues la autoridad de Río Janeiro se limitó sólo á pedir su extradición « por haber malherido á un sacerdote que se negó á darle una partida de defunción de su propia persona. »

No se sabe adónde iría á parar Larrea: andaría disfrutando del producto de su último robo, pues durante muchos meses no se volvió á oir hablar de él.

Larrea, cuando se dedicaba á disfrutar del producto de sus robos, debía aparecer cómo un gran magnate, vista la facilidad con qué daba curso al dinero, hasta el punto de quedar otra vez tan pobre, que tenía que volver á sus robos y crímenes.

Larrea era casado en Valladolid con una jóven hija de un pintor de mérito, provincia que abandonó, huyendo de aquel punto, y donde no podía volver, por estar su cabeza allí poco segura sobre sus hombros.

Era la América el punto que había elegido para teatro de sus crímenes, y no quería abandonarla, sin duda por encontrar aquí gran facilidad para desplegar su ingenio perverso, y donde no se le exigía pasaporte.

Larrea tenía además aquí un hermano, quien había cambiado de nombre y que es en la actualidad empleado al servicio del Dr. Herrera Vegas.

V

En el mes de Junio de 1874, siendo don Enrique O'Gorman Jefe del Departamento General de Policía, Larrea volvió á dar señales de vida, haciendo sentir sus afiladas uñas á cuadra y media de la misma policía central.

Larrea era un bandido en toda regla, tenía una facilidad asombrosa para disfrazar su rostro y sus maneras, y poseía tal dosis de audacia, que habiendo orden de prenderlo donde se le hallara, no salía de los alrededores más frecuentados por los vigilantes y agentes de policía.

Bajo la Recoba Vieja y frente á la policía, había una zapatería de un tal Muñiz, natural de Santander, en cuyo presidio estuvo Larrea. y á quien Muñiz había conocido por haberlo visto trabajar en las calles come forzado: de aquel presidio también había huído Larrea, valiéndose de medios que no conocemos.

Fué en la zapatería de Muñiz dónde se presentó Larrea solicitando de éste un préstamo de 2. 000 pesos papel.

Fué tal el miedo que se apoderó de Muñiz al ver en su casa semejante parroquiano, que no sólo no negó á Larrea el dinero que le pedía, sino que no tuvo el valor de delatarlo á la autoridad: sabía che Larrea podía escaparse de la policía, puesto que había fugado de los presidios de Valladolid y Santander. y recordaba no muy tranquilo la venganza que ejerció Larrea en aquel prójimo de su cuadrilla que lo delató en Cataluña.

Larrea vió en el miedo que inspiraba á Muñiz, una buena veta de dinero y se dió prisa á explotarla: dos ó tres veces á la semana volvía á la zapatería, siempre en busca de dinero, que el tímido Muñiz no se atrevía á negarle.

En los últimos días de Junio, Larrea se presentó en la zapatería de Muñiz y le pidió la suma de 10.000 pesos, que necesitaba forzosamente esa noche para realizar un gran negocio.

Muñiz, aunque tenía en casa la suma, no se resolvió á dársela: pudo más en él el amor á su dinero ganado con inmensas fatigas, y se negó por completo á complacer al bandido, aunque á medida que hablaba se conocía el miedo de que estaba poseído.

—Necesito el dinero esta misma noche, le dijo Larrea: tú lo tienes y es preciso que me lo dés.

—No lo tengo, replicó Muñiz completamente dominado: si lo tuviera te lo daría.

—Bueno, concluyó Larrea, no me lo quieres dar, yo sabré quitártelo; y retiróse en seguida.

Esa misma noche, mientras Muñiz dormía, Larrea, por medio de ganzúas, se colocó en la casa de aquel desgraciado y le robó 8.000 y pico de pesos que encontró en un mueble. Mientras Larrea practicaba el robo, Muñiz despertóse; pero era tal el formidable aspecto del bandido, y tan pálidos los rayos que la luz reflejaba en la hoja del puñal que llevaba en la mano, que Muñiz enmudeció, prefiriendo dejarse robar.

Al otro día no tuvo el coraje de delatar á Larrea, quien lo tuvo á su vez para presentarse en la zapatería y decirle sencillamente:

—No me quisiste dar el dinero, fuiste un necio: ya vez qué fácil me ha sido tomarlo: tú puedes delatarme á la autoridad, pero acuérdate de Joselito Salat.

Larrea se alejó, y Muñiz se calló como un muerto: el bandido le inspiraba un terror invencible. Sólo cuando la policía capturó á Larrea por el negocio de Lanús, Muñiz, obedeciendo á consejos de un amigo, á quien narrara su desventura, se presentó á don Enrique O'Gorman, refiriéndole lo que acabamos de narrar.

Si el lector dudara de la veracidad de este hecho inaudito, puede pedir informes al señor O'Gorman, ó al entónces comisario Wright, quienes conocen punto por punto la vida de aquel ladrón consumado y sagaz.

El dinero robado á Muñiz debía servir á Larrea para efectuar un golpe maestro que debía llevar á cabo en sociedad con un tal Fonda, compañero de presidio, que había cumplido su condena y venido á América á ejercer también su industria.

VI

La casa introductora de alhajas de los señores Dupuy y C^{a}, situada en las calles Piedad y Suipacha, era el paraje al cual estos famosos salteadores habían echado la vista, y donde se debía consumar el robo más hábil que se haya llevado á cabo en América.

La casa de Dupuy y C^{a}, poseía un fuerte capital en alhajas de todo género, alhajas que habían despertado la codicia de Antonio Larrea, quien se había propuesto poseer la mayor parte de ellas.

El dinero que sacaba al zapatero Muñiz, lo empleaba Larrea en venir á aquella casa de alhajas á hacer pequeñas compras que le servían para permanecer en la casa largas horas de observación, con el pretexto de elegir la alhaja que había de comprar de entre una gran cantidad de cajas.

Para un hombre como Larrea, cuyo golpe de vista era matemático, le bastaron tres ó cuatro días para conocer la casa tan bien como sus patrones, y saber los cofres donde se hallaban las de más valor, apreciando su sistema y modo de abrirlos con un ojo papal, por la infalibilidad de aquella mirada tan hábil y tan bondadosa.

Ya hemos dicho que la boca de Larrea era la única facción de su rostro de expresión desagradable y perversa: el resto de aquella fisonomía inteligente, despertaba el mayor interés.

Una vez terminado el famoso plan che lo debía hacer poseedor de aquellos tesoros de alhajas y piedras preciosas, y bien madurados y estudiados los medios de que se había de valer, Larrea buscó á Fonda como ayudante de campo y dió la última mano á su famoso plan.

Era la noche del 1.o de Julio cuando Larrea, seguido de su ayudante, penetraba en la casa de comercio de los señores Dupuy y C^{a}: había abierto la puerta con una llave ganzúa cerrándola tras de sí con una naturalidad tal, que el mismo vigilante que le vió abrir la puerta, no dudó fuera uno de los dueños de la casa, ó por lo menos uno de los dependientes.

Entraron á las grandes habitaciones donde se hallaban las cajas de hierro, sin notar en ellas el menor rastro que les hiciera sospechar la presencia de persona: el dependiente encargado de la vigilancia, el único que podría haberles estorbado, había salido de allí, sin sospecharlo, obedeciendo á un nuevo plan de aquel finísimo ladrón.

Larrea se había valido de aquella vasquita que trajo de Montevideo, poniéndola al paso de aquel dependiente, quien seducido de una manera habilísima, había concurrido esa noche á una cita de amor, donde debía permanecer hasta que Larrea abandonara la casa de las alhajas.

Larrea y su ayudante forzaron todas las cajas, eligieron las alhajas de más valor, desmontando las piedras para no hacer tanto bulto, con las que rellenó los bolsillos que exprésamente para este tiro había hecho construir en sus pantalones y en su famoso saco. Allanaron por completo la caja de hierro del escritorio donde había gran cantidad de dinero; dinero que, para encontrar allí, Larrea había esperado esa noche, sabiendo que es el primero de cada mes, en que aquella casa descuenta sus pagarés y cobra los que hayan vencido.

Larrea y su compañero abandonaron la casa, después de sacar de ella unos cuatrocientos mil pesos, valor en que sus dueños apreciaron el monto de lo que les habían robado.

La salida la efectuaron con la misma naturalidad y fran-

queza que la entrada: el vigilante que cuidaba aquella manzana se hallaba en su puesto: no era una hora avanzada, y no podía abrigar desconfianza, mucho más desde que se le acercó Larrea y ofreciéndole cinco pesos, le dijo sencillamente:

—Hágame el servicio de vigilar la casa, que queda completamente sola.

El vigilante rehusó los cinco pesos, pero vigiló la casa de tal modo, que cuando el dependiente vino á entrar, fué detenido por el agente que no le permitió la entrada sin decir quién era, alegando la recomendación que al salir le había hecho el dueño de casa.

Cuando el dependiente entró en las piezas y vió el desorden que en ella reinaba, se pudo explicar qué clase de patrón era el que había hecho la juiciosa recomendación al vigilante.

El dependiente salió en seguida dando formidables voces, que atrajeron la presencia de los agentes de seguridad y multitud de curiosos, admirados de que allí se pudiera haber cometido un robo tan valioso como el que aseguraba aquel dependiente, que parecía un alienado.

La policía fué avisada, y el señor don Enrique O' Gorman, su jefe, desplegó toda la actividad y empeño de que es susceptible aquel hombre, á cuyos conocimientos y dedicación se debe la nueva organización policial, donde nada se ha adelantado desde la salida del señor O' Gorman.

Por los datos que dió Dupuy, de aquel marchante elegidor de alhajas, cuyas señas coincidían con las que daba el vigilante de la persona que le recomendó tuviera cuidado con la casa abandonada, y lo bien que ambas señas coincidían con el famoso Larrea, la policía se puso en demanda del célebre ladrón, dando una batida general por todos aquellos parajes donde era presumible se hallase, sin lograr un resultado satisfactorio.

Se supo que Larrea se había ido para San Antonio, y allí lo buscó con un empeño febril la policía, pero ineficazmente. Larrea se había escondido admirablemente, ó había dejado el país, para lo que había dispuesto no más de las 24 horas, que había tardado

la policía en saber quien hubiese sido el autor de aquel robo que la desacreditaba, privando de un grueso capital á una casa de comercio, situada en paraje tan central.

Dos meses de pesquisas continuas, sin descanso y sin fruto alguno, convencieron á la policía de que Antonio Larrea no estaba en Buenos Aires, ni aun en Montevideo, donde se le buscó de nuevo.

Ambas policías estaban sumamente empeñadas en esta prisión, como debían estarlo policías que se veían burladas por la sagacidad de un gran ladrón, aunque tenían el consuelo de saber que ese ladrón, había también burlado la vigilancia ejercida en los formidables presidios de Valladolid y Santander.

VII.

No pasaron muchos meses sin tener noticias de Larrea; noticias que se obtuvieron por un nuevo proceso criminal levantado en Valparaíso, y en cuyo proceso figuraba como autor principal y único el célebre y conocido Larrea, quien había cambiado de nombre, haciéndose llamar Bautista.

He aquí el hecho, según el sumario.

Con procedencia de Buenos Aires habían llegado á Valparaíso dos ricos comerciantes en joyas y piedras preciosas que, por liquidación de sociedad, vendían á un bajo precio.

Estas dos personas eran Bautista Larrea y Ezequiel Rodríguez, que habitaban juntos un departamento del mejor hotel.

Una mañana, la persona que se conocía por Rodríguez, amaneció en su cuarto bárbaramente asesinado y robado, pues allí no se halló ni un solo centavo, ni una sola joya.

El crimen fué descubierto por el mozo del hotel á la hora de comer, en que subió á golpear la puerta de los huéspedes, á quienes no había visto en todo el día. Como no respondieran á su llamado, el mozo abrió la puerta, hallándose con el cadáver de Rodríguez y los indicios de que aquel había sido muerto para robarlo: su socio Larrea no aparecía.

La policía se hizo cargo del asunto, empezó su pesquisa, y no tardó en hallar en el cuarto un papel que decía:—«No se fatigue la autoridad por ese presente que le dejo: el tal Rodríguez no

era más que un ladrón junto con quien cometí un gran robo en Buenos Aires; tómese informe á aquella policía, y se sabrá quién era Antonio Larrea. »

Uno de los vecinos que habitaba la pieza inmediata al aposento que ocupaban los dos ladrones, dijo que la noche anterior á aquel crimen había sentido entre aquellos dos hombres una acalorada disputa, pareciéndole que ésta era originada por un reparto de intereses; que Larrea quería dar á Rodríguez, como parte de un negocio, una cuarta parte y que éste pretendía corresponderle la mitad. Que le pareció que se habían arreglado, pues no les sintió hablar después absolutamente nada.

Que recuerda á propósito del papel fijado por Larrea, que habían hablado algo refiriéndose á un robo de que había sido víctima una casa de comercio de Buenos Aires.

Se buscó en Chile á Larrea, inútilmente, hasta que convencidos de que no estaba allí, sobreseyeron en la causa, mandando á Buenos Aires la narración que acabamos de extractar.

Fué la única noticia que se tuvo, durante muchos meses de Larrea.

VIII.

Cuando D. Enrique O'Gorman abandonó la Policía, ésta fué entregada á una completa desorganización. Era la época de la revolución de Septiembre: al frente de la Policía se hallaba una persona inepta, bajo cuya dirección ésta cayó en un gran desprestigio.

Fué entónces cuando en el mes de Diciembre, Larrea volvió á aparecer entre nosotros de una manera ruidosa, hasta aquel día de los escándalos y crímenes del Colegio del Salvador, en que desapareció de nuevo, después de tomar en ellos una parte activísima, como furioso petrolero.

La nueva aparición de Larrea fué muy ruidosa, pero de un género diverso á los hechos en que le hemos visto figurar siempre.

Antes de entrar á esta narración, queremos contar un episodio de la vida de este hombre, que prueba hasta dónde llegaba la asombrosa audacia de un individuo, reclamado ya por cuatro presidios y por dos tribunales del crimen: los de Chile y el Brasil.

Estos datos son conocidos por el zapatero Muñiz, de quien Larrea no se ocultó á su regreso, comunicándole lo que vamos á narrar.

De regreso á Buenos Aires, Larrea poseía aún una cantidad de riquísimas alhajas de la casa de Dupuy, que aún no había rea-

lizado. Esas alhajas las hizo engarzar con sumo lujo, enviándolas de regalo al Gobernador del presidio de Santander, como expresión del recuerdo de un hombre que había sido tan hábil que lograra escapar á su asombrosa vigilancia.

Junto con aquel presente al Gobernador de aquel presidio, el comisionado de Larrea era portador de otro presente que constaba de tres mil patacones destinados á su esposa en Valladolid, á quien enviaba decir que se había labrado en América una brillante posición, que le permitía cierto desahogo, de que aquella suma era una prueba.

Esto dió lugar á un curioso sumario que se instruyó á Larrea en nuestra curia eclesiástica, sumario que debe estar en el archivo arzobispal, paralizado por la muerte del célebre bandido; pero no anticipemos los sucesos, que esta última parte de aquella vida tan llena de agitaciones, es la más interesante.

IX.

El drama que sigue, tuvo por teatro la panadería situada en la calle de Perú entre Chile é Independencia, de propiedad de un señor***.

Es en este drama donde el lector apreciará el carácter de Larrea, descrito con toda la monstruosidad de los hechos.

En aquella panadería vivía el dueño de ella***, cuyo nombre omitimos á pedido de su hija, en compañía de esta hermosa joven que apenas tendría catorce años.

Larrea desplegó todos sus poderosos atractivos para conquistar el corazón de Amalia,—así se llamaba,—que sólo vió en él lo que Larrea dejaba ver: un hermoso espíritu y un bello físico.

Ya hemos dicho que Larrea era un hombre hermoso, cuya única facción desagradable era la boca, á cuyos labios no había podido dar, á pesar de su estudio, esa expresión de bondad que se veía en todas sus otras facciones, principalmente en sus ojos celestes.

Amalia se sintió arrastrada poderosamente hacia el bandido, quien la veía diariamente á ocultas de su padre, por abrigar sin duda el presentimiento de que aquel hombre honrado no consentiría en el enlace de su hija, á quien Larrea se presentó con el nombre de su hermano, empleado actualmente con el Dr. Herrera Vegas.

Larrea se manejó de manera que logró que Amalia contra-

jara relaciones amistosas con un antigua amante suya,—la vasquita,—en cuya casa tenían lugar largas conferencias de amor, que terminaban por sendos consejos que daba á Amalia la amante de Larrea, induciéndola á casarse con aquel hombre que era un *excelente partido*.

La boda se concertó entre Larrea y Amalia; pero faltaba lo más difícil de conseguir, y que era el consentimiento del padre de Amalia á cuya panadería le había puesto los puntos el bandido, siendo Amalia para él, sólo un medio eficaz de conseguir este objeto.

Una tarde, mientras Amalia estaba en la casa de las citas, recibiendo de la vasquita la importante lección que le diera Larreá, éste se dirigió á la panadería de su futuro suegro, á quien habló de su proyecto de contraer matrimonio con su hija, y si él lo consentía, emplear un pequeño capital que poseía en la misma panadería de su propiedad.

El padre de Amalia se mostró duro, diciendo que por aquel momento no cedía al pedido, que su hija era muy joven aún,—aun no tenía quince años,—que necesitaba hablar con ella y pensar bien la cosa antes de decidirse. Larrea presentaba los papeles de su hermano, en buena regla, por lo que su futuro suegro no podía sospechar que el que aspiraba á la mano de su hija era aquel bandido fugado de presidio, y con causas criminales abiertas, la menor de las cuales era suficiente para llevarlo al banquillo.

Larrea, al escuchar tal respuesta palideció: era un hombre que no estaba habituado á sufrir contrariedades, y cuando se estrellaba con una su rostro tomaba una expresión terrible, desaparecía su expresión de bondad, sus músculos se contraían, y en sus pupilas aparecía toda la ferocidad de aquel hombre que no se detenía ni aun en el hecho de dirigir un asalto á puñal, á las ocho de la noche y á una cuadra de la Policía: el asalto á la casa del señor Lanús, que narraremos á su tiempo.

Larrea dominó el estallido de su cólera y quedó en volver al día siguiente por una respuesta definitiva; alejándose á casa de

su amante, para hablar con Amalia y aleccionarla en los llantos y palabras que debía emplear para obtener de su padre el codiciado consentimiento.

Si este suegro apetecido había vacilado al principio en acceder á la demanda, cuando vió la expresión del rostro de Larrea, después de oir su respuesta, tomó la firme resolución de negarse redondamente á sus pretensiones.

Larrea era un hombre decidido á todo: para lograr sus fines, no había medio violento que fuera capaz de detenerlo; por el contrario, el padre de Amalia era un honorable panadero, débil de carácter y de poco valor: la lucha pues, aunque dura, debía ser ventajosa para el bandido, que ya había deducido todas las probabilidades que tenía á su favor.

Al día siguiente volvió Larrea á la panadería en busca de la respuesta, sentándose en el escritorio, frente al padre de Amalia.

La conferencia era privada, y en el escritorio no habían más que ellos dos.

El panadero en pocas y francas palabras, manifestó á Larrea su decisión de no casar todavía á su hija, añadiendo que dentro de dos años tal vez cambiara de modo de pensar, pues su hija aun era demasiado joven.

Rápido y enérgico, verdaderamente terrible y antes que el panadero pudiese darse cuenta de lo que sucedía, Larrea se lanzó á la única puerta del escritorio, la que cerró con los pasadores.

Ante el formidable aspecto del bandido, el panadero tenía que intimidarse, y fué lo que sucedió.

No se sabe á punto fijo la ecsena que tuvo lugar dentro de aquel escritorio.

Unos dicen que Larrea amenazó de muerte á aquel hombre, otros aseguran que lo estropeó de una manera bárbara; el hecho es que cuando el escritorio se abrió, Larrea apareció en la panadería, radiante, y el padre de Amalia consintió en el matrimonio que se celebró esa misma noche, después de una gran comida y fiesta que organizó el mismo Miguel Larrea.

X.

Ya tenemos á nuestro bandido casado de nuevo, y socio de una panadería acreditada y de muchísima clientela.

Su suegro le recibió como socio en el negocio, aunque éste siguió girando bajo su nombre y compañía.

Era á su nombre, pues, que Larrea iba á empezar su vida de comerciante honrado, girando en plaza y disponiendo á su antojo del capital de su suegro.

Larrea confesó á su mujer que había sido un gran calavera, pero que estaba dispuesto á componerse por completo y á hacer una vida modelo de hombría de bien.

Seis meses vivió Larrea sin dar que decir respecto á su conducta: trabajaba de día, salía á la compra de harinas, regresaba á comer y á la noche salía poco, no regresando á su casa después de las once de la noche.

¿Qué nuevo plan se maduraba en la cabeza del bandido? ¿O es que realmente estaba dispuesto á cambiar de vida, seguro de que el zapatero Muñiz, único que lo conocía, no lo había de delatar?

Sigamos las nuevas aventuras del bandido que acababa de añadir á sus nuevos crímenes el de bígamo, haciendo víctima á una criatura bella y honesta y á un honrado negociante.

Si Larrea estaba seguro del silencio del zapatero Muñiz y de

su suegro, no lo estaba del de su mujer en Valladolid, cuyo recuerdo solía realmente amargar las horas de su vida, con un sombrío presentimiento. Y Larrea no se equivocaba.

Lo que no era capaz de intentar su suegro, lo que no hacía por falta de coraje el zapatero Muñiz, Larrea lo temía de su mujer; alma española y espíritu varonil, que era muy capaz de cruzar el océano en su busca y entregarlo á la justicia sin que los antecedentes del bandido lograran poner miedo en su corazón, cuya valentía harto conocía Larrea.

Una tarde del 76, el terrible bandido estaba á la puerta de la panadería tomando el fresco, y conversando con su mujer, que se hallaba en el interior. De pronto dió un grito y palideció como un cadáver.

Sobrecogida de asombro, su mujer le preguntó qué tenía; pero él la tranquilizó diciéndole que le había dado un calambre, pero que ya se le había pasado.

Una mujer fuertemente hermosa y vestida con lujo se había detenido en la puerta y hablaba con Larrea en voz baja, de manera que no pudieran oirla de adentro.

Amalia, al ver esto, tuvo celos y salió á la puerta á preguntar á su marido quién era aquella mujer: una jóven recién casada, no tolera nunca que su marido hable con otra mujer jóven y fuertemente buena moza, mucho menos ella, á quien Larrea había confesado que, mientras fué soltero, fué un calavera de primera fuerza.

Larrea palideció hasta ponerse lívido: aquella mujer era la suya, la que él suponía en Valladolid y que había cruzado el océano en su busca, para llevarlo consigo ó entregarlo á la justicia.

—¿Quién es esa mujer? había preguntado Amalia á Larrea, que había tomado un aspecto completamente cadavérico.

—Es mi cuñada, respondió el bandido, que ma trae una mala noticia.

La primera mujer de Larrea lanzó sobre ellos, con sus negrísimos ojos, una mirada de supremo desprecio, y se alejó de allí diciendo:

—Ya sabes, á las ocho—cuidado con hacerme esperar.

Larrea permaneció inmóvil, demudado, silencioso, sin responder á la lluvia de preguntas que le dirigía Amalia: el bandido lloraba, se mordía el puño con una desesperación impotente, y miraba al cielo con sus bellos ojos azules, donde estaba pintada la más verídica expresión de dolor.

Era seguramente la primera vez en su vida que aquel bandido se conmovía, que sentía gravitar sobre su corazón un mundo de dolor y remordimientos imposibles de describir.

Su conmoción crecía, y Amalia con sus ruegos y caricias, no lograba obtener más que esta respuesta:

—No es nada, mujer, no es nada.

Larrea había visto á su mujer, á su primera mujer, y se había conmovido de una manera poderosa; había doblado la cabeza bajo el peso de un golpe de muerte y su corazón, que no había temblado jamás, se había sentido avasallado hasta la suprema ternura: Larrea había llorado.

—¿Qué fuerza moral poderosa había logrado conmover aquel espíritu fuerte, templado en el presidio y endurecido en el ejercicio del crimen practicado por aquel hombre con una vehemencia salvaje?

¿Era la conciencia que despertaba en los senos del corazón poniéndole frente á su pasado criminal y viendo en su mujer la fuerza del destino, que él sabía invencible y que lo aplastaba con el peso del cadalso; ó era el amor el único sentimiento que gobernaba su moral y que lo ponía frente á su primera mujer, recordándole su pasado feliz, su porvenir luctuoso, su juventud, su familia y su patria?

¿Larrea tenía la certeza de que su mujer lo iba á delatar y se desplomaba por completo ante la idea del presidio, con un sumario que revelara hasta el más pequeño acto de su miserable existencia?

No era este sentimiento, fuera de duda, el que hacía desmayar á Larrea, hasta el punto de llorar, y llorar con verdadera amargura y con la desesperación del que se deja dominar por el llanto.

Sobre aquel bandido el temor no podía influir de aquella manera, ni el miedo podía revelarse jamás bajo la forma del llanto. El presidio no podía amedrantarlo, aunque él hubiera visto la muerte.

Era un sentimiento más íntimo, más delicado, que se despertaba en su alma con todo el vigor de su espíritu templado al azote de la suerte, y levantando en él recuerdos que parecen de otro mundo.

Tenía que luchar con un enemigo tremendo que iba á usar armas mortales y contra quien no podía oponer otra coraza que su cariño, su inmenso cariño que, al ver á su mujer, que sin duda había sido su única afección, había despertado poderoso, haciéndole derramar las únicas lágrimas que había vertido.

Larrea conocía á aquella mujer hermosa, á que lo había amarrado el destino.

Era una hija de Castilla la Vieja, que lo amaba inmensamente, y sabía que al firmar su segundo casamiento, había firmado su sentencia de muerte, más eficaz que la que podrían decretar sobre él los tribunales.

¿Qué mujer era, pues, ésta cuya presencia había abatido por completo al tremendo Larrea?

Aquella era una castellana, y para Larrea el todo de ese secreto era esa consideración.

Una castellana es una mujer de gran corazón siempre: sus pasiones son siempre poderosas y se inclinan siempre á los extremos; cuando ama, ama hasta el delirio; no hay sacrificio que no afronte con altanería, ni peligro capaz de detenerla cuando camina impulsada por el amor.

En el odio, la castellana es tan vehemente como en el amor: se venga de un desprecio á su cariño, aunque tenga que esperar veinte años, y como en el presente caso, atravesar dos mil quinientas leguas sobre el Océano.

La mujer castellana se entrega por completo al hombre que llega á despertar en ella el primer amor, que duerme en su corazón cubierto como la lava en los senos del volcán: entrega cuerpo

y alma, se deja absorber por completo, sin volver atrás, sin mirar hacia el porvenir, pues su marido como su amante, llegan á encerrar todo para ella, desde su alegría infantil hasta su religión.

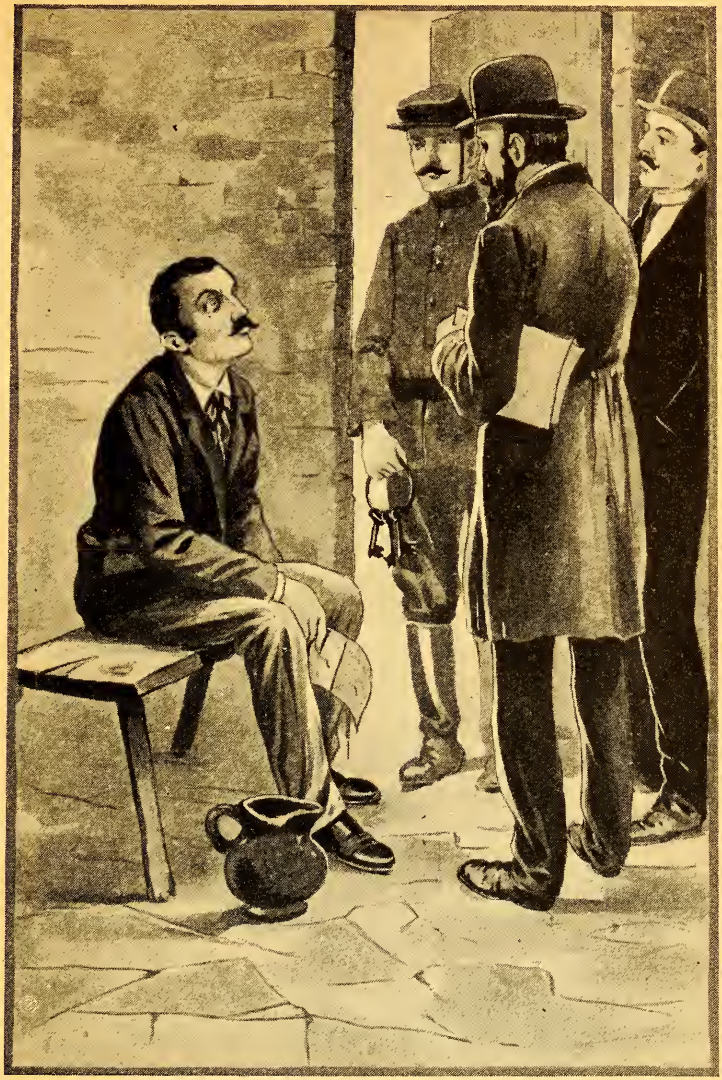
El amor para ella viene á ser un culto, una adoración suprema que ella misma no se explica, pero á cuya luz gira y muere como la última mariposa de la tarde á la luz del gas.

En este caso la mujer castellana tolera y perdona al amante ó al marido, toda clase de pequeñas calaveradas y descuídos; si éste se hace un criminal, llora á la reja de su cárcel y lo sigue serena hasta el patíbulo, como si es un perdido lo recogerá de la calle ébrio, llegando hasta sufrir sus malos tratos, con una paciencia imponderable.

Pero ¡ay del hombre que la ofenda en su amor! ¡ay del amante que le desdeñe por otros amores! ¡ay del que se olvide un segundo de la fe jurada! pues tendrá en seguida sobre sí, á la tremenda castellana exigiéndole cuenta de su perfidia.

No perderá un átomo de su amor, no dejará por esto el hombre de ser para ella el objeto del amor supremo, pero no habrá consideración humana que la aparte del camino de la venganza.

Es una venganza que ejecuta con pasión, aunque después de cumplida sepa pueda morir de pena ó labrarse una existencia miserable.



UN CAPITÁN DE LADRONES.

. . . . . alzó sus azulados ojos al techo de la celda y permaneció asi largo tiempo entregado a su pensamiento.

XI.

Larrea sabía todo esto, sabía hasta dónde había ofendido á su mujer y había temblado, pues se había sentido sujeto, por primera vez, á uno cadena para la que no había lima eficaz.

El se sentía, pues, desplomado por el miedo y por el amor; sentía remordimientos por su pasado, preveía un porvenir terrible y recordaba el pasado feliz de sus primeros amores, recordaba la patria y la familia, la infancia y los ardientes amores de aquella mujer que se le había aparecido tan de improviso, hablándole palabras que sólo él oyó y dejando caer sobre su espíritu la poderosa mirada de sus ojos negros y ardientes.

Por otra parte, Larrea se encontraba ante su joven y reciente esposa, ante la gentil Amalia, que se había casado con él miserablemente engañada y cuya mirada inocente no se atrevía á afrontar.

Su situación era formidable: temía las iras de su castellana y se sentía débil ante el candor de Amalia, que le preguntaba en su inocencia el por qué de sus lágrimas.

Poco á poco las ideas incoherentes de aquel hombre, se fueron fundiendo, sus lágrimas se fueron secando, concluyendo por dominarse completamente, no tanto que no pudiera verse en sus labios secos y su boca entreabierta, esa rara y extraordinaria expresión que se marca sólo en la boca del sentenciado, á medida que se aproxima á su última estación de la vida.

A las 8, Larrea se había dominado por completo, se había vestido y se preparaba á salir.

Su mujer volvió á preguntarle quién era aquella señora que le había hablado en la puerta, y cuya vista ó palabras le habían ocasionado aquella fuerte impresión.

Es una de las tantas mujeres que he conocido en mi vida de calavera, y basta—le dijo Larrea con tal tono, con tal imperio, que Amalia no se atrevió á insistir, acompañándolo hasta la puerta y recomendándole no volviera tarde.

Larrea iba á insistir á una cita más temible para él que el interrogatorio de un Juez de Crimen, y vacilaba, desandaba las cuadras, alargaba el camino, no quería asistir, pero temía faltar.

La idea de huir se había ofrecido ya á su audaz pensamiento: pero ¡adónde había de ir, que no diera con él la hermosa castellana!

Cansado de tanta vacilación, tomó una resolución firme, secó sus lágrimas y franqueó el dintel de la posada del Caballo Blanco, donde lo esperaban con impaciencia, desde hacía media hora.

Allí estaba su mujer, siempre hermosa, pero con su fisonomía alterada por una expresión de enojo que contuvo al bandido en el umbral de la puerta; sus ojos, sus negrísimos ojos estaban perfectamente secos, pero en su rojo enramaje era fácil adivinar que aquella mujer había llorado, había llorado mucho.

Aquella primer entrevista fué superior á las fuerzas de ambos, porque ambos se conmovieron, ambos se cubrieron de una palidez de muerte y sus sollozos ahogaron por un momento la voz en las gargantas de aquellos dos espíritus fuertes; había sido dominado uno por el otro.

Cuando esa primera impresión hubo pasado, cuando la castellana se sintió enteramente dueña de sí, hizo sentar á Larrea, se sentó ella misma, y le dijo secamente:

—Aquí me tienes, he venido por tí.

Larrea gimió y permaneció mudo: no encontraba una dis-

culpa á mano, él, que había afrontado sereno la muerte y había desafiado el poder de los presidios.

No tuvo palabra con que disculparse ante su mujer y permaneció mudo.

Esta le explicó su venida de la siguiente manera:

—Recibí tres mil duros que me enviaste junto con el aviso de la posición que habías sabido labrarte.

Conocía todas tus nuevas hazañas que te había perdonado de antemano, pues mi único anhelo era venirme á juntar contigo y correr el destino de tu suerte.

Al llegar á América he sabido todo por Muñiz, hasta tu enlace, y vengo en tu busca para llevarte conmigo ó entregarte á la justicia.

—No me entregarás, había dicho Larrea, porque me amas mucho, aunque por esta misma razón lo entregaría.

Larrea, aguzando su sutil inteligencia, trató de convencer á su mujer de lo descabellado de su empresa, de la crueldad de su acción, invocando recuerdos de amor y de un pasado feliz que podían continuar desde el momento.

Larrea no empleó la amenaza: esto prueba que conocía á fondo el corazón de su mujer, la que había llegado á descubrirlo donde la misma Policía no había sospechado su presencia.

Larrea pedía á su mujer lo esperara ocho días, tiempo que necesitaba para realizar su última empresa, cuyo resultado debía asegurarle el porvenir; pero su mujer le exigió la inmediata partida, creyendo que aquellos pretextos ocultaban un plan de fuga con su otra mujer.

Larrea argumentó de tal modo, habló con tal pasión y tal vehemencia, que su mujer le acordó el plazo pedido, bajo la promesa de que en este tiempo no habría de asomar las narices por la panadería donde habitaba su última mujer, cuyo recuerdo hacía renacer en ella un odio feroz, y un arrepentimiento en perdonar á Larrea.

El espíritu de venganza en esta mujer estaba adormecido por la presencia del objeto amado, de aquel hombre á quién que-

ría con locura; pero la ausencia de éste lo había de despertar más tremendo, pues ella no había renunciado á su venganza: engañaba á Larrea, para impedir que éste la fuera á desbaratar haciendo huir á Amalia.

Ella había renunciado á entregar á Larrea á la justicia, pero no había renunciado á vengarse de la mujer con quien éste se había casado nuevamente: quería humillarla, quería que el mismo Larrea la rechazase y la renegase como á la más ruín mujerzuela.

Larrea permaneció con su mujer toda la noche; su perdón, su condición inevitable era que Larrea pusiera ante la curia demanda de divorcio á su otra mujer, sin descubrirle todo su plan que en verdad era terrible.

XII.

Cuando Larrea salió del *Caballo Blanco*, al otro día por la mañana, había prometido entablar demanda de divorcio contra Amalia y huir con ella así que ésta hubiera terminado, por supuesto sin ir durante ese tiempo á la panadería.

Larrea salió de allí dominado por este cataclismo, y dando vuelta al mismo tiempo en su cabeza un plan admirablmente organizado, cuya víctima debía ser el doctor Gundin, domiciliado en la calle Defensa.

Salió de la posada, y se dirigió al Paseo de Julio, en uno de cuyos bancos se sentó á reflexionar sobre su situación única.

Necesitaba aire para refrescar su cabeza enardecida y coordinar sus ideas, pues iba á necesitar todo el apogeo de su inteligencia para no perderse en el laberinto donde se había metido.

Al lado de su mujer se sentía dominado bajo la abrasadora mirada de sus negrísimos ojos; lejos de ella, se representaba su segunda mujer, candorosa, bella, inocente; y Larrea se sentía conmovido y falto de las fuerzas necesarias para afrontar la presencia de Amalia, á quien no veía desde la noche anterior.

Larrea tenía deseos de correr hasta la panadería de su suegro á consolar á Amalia, que estaría cuidadosa y desesperada; pero había prometido á su mujer no ir y no se atrevía á faltar á su promesa; tenía un doble miedo á la castellana: el miedo de perderla y el miedo de ser entregado por ella á la acción de la justicia.

Larrea presumía que su mujer no debía haber venido sola desde Valladolid; había visto en el *Caballo Blanco* un tipo *terne* de su tierra y sospechaba fuera aquel el hombre de que se hubiera hecho acompañar aquella mujer; y al pensar esto, á pesar de un convencimiento íntimo, Larrea tuvo celos, y al tenerlos sentenció á muerte á aquel hombre que se había prestado á acompañar á su mujer en la empresa de perderlo ,tal vez con el propósito de heredarlo en su corazón; sin recordar que el corazón de una castellana es la tumba donde se sepulta, junto con el marido, todo sentimiento amoroso.

El bandido estaba encerrado en un aro de hierro superior

Por fin levantó la cabeza y tomó una resolución suprema: él iría con su mujer á España, pero no sacrificaría á Amalia: huiría de Buenos Aires, haciéndole creer que había muerto; pero Larrea, al tomar esta resolución, no contaba con la firmeza de alma de su mujer, que había andado dos mil quinientas leguas para vengarse y que no volvería sin haber desahogado en ella todo lo que había sufrido desde que supo la última infamia de su bandido.

Larrea se fué á almorzar esa mañana á la *Sonámbula;* tenía que concluir su plan de robo contra Gundin, y tenía que engañar á su mujer, para lo cual necesitaba todo el aguzamiento de su espíritu sutil y emprendedor, pues no dejaba de comprender que la fatalidad se le venía encima, y que para combatirla de nada le servían el pñnal y la fuga; sólo su cabeza debía salvarlo, y él lo comprendía así.

Concluyó de almorzar, dió un largo paseo y regresó al *Caballo Blanco,* donde tuvo que esperar á su mujer que había salido desde temprano, por lo que Larrea creyó no tardaría en volver, suponiendo que ella habría salido á seguir sus pasos, temiendo que volviera á la panadería á pesar lo prometido.

Al entrar á la fonda, vió al *terne,* y llevó instintivamente la mano al bolsillo del pecho; pero se detuvo: había pensado que no era aquel el momento oportuno, ó no había encontrado en el

bolsillo lo que buscó: sonrió y siguió adelante; aquella sonrisa quería decir: « No hay cuidado, ya se te llegará tu hora ».

El *terne* á su vez no había dejado de mirar sin recelo á Larrea: conocía sus antecedentes, sabía de lo que era capaz y no estaba muy seguro. El puñal de Larrea era seguro y pronto, y este hombre debía conocer la leyenda de Joselito Salat.

Ambos cambiaron una mirada rápida, pero profunda: la de Larrea era de amenaza; la de aquel *terne* que no debía ser de muy blancas entrañas, era de desconfianza.

Larrea esperó hasta las dos de la tarde, hora en que volvió su mujer, con el semblante alegre y la mirada lúcida: estaba pálida, pero contenta; aspecto que aterrorizó más á Larrea, porque veía en él el goce de un sentimiento satisfecho.

¿Qué había hecho la castellana durante su ausencia?

XIII.

La castellana había ido á la panadería del suegro de su marido á completar su plan diabólico.

Sabía que Larrea podía salvar á Amalia, engañándola á ella misma; conocía el alma del bandido como á su propia fisonomía y temía se le escapase su venganza de ver humillada, confundida, escarnecida á aquella niña, cuyo único delito había sido caer en una trampa hábilmente tendida por el bandido.

Amalia lloraba amargamente, ocultaba su hermoso y juvenil semblante en el pecho de su padre, narrándole que la ausencia de su marido coincidía con la aparición de aquella mujer hermosa; tenía celos y tenía temor de que á su marido le hubiera ocurrido una desgracia y buscaba consuelo en las palabras cariñosas del padre, cuando asomó en la puerta el hermoso y lívido semblante de la castellana, que entró allí con la misma naturalidad de quien entra á su propia casa.

Amalia, como si hubiera sentido el poderoso calor de la mirada de la castellana, retiró la cabeza dal pecho del padre y miró á aquella mujer, con ese odio espontáneo que sin saberlo, sin explicárselo, siente una mujer por la rival afortunada. Aquellas dos mujeres se desplomaron en una mirada todo el odio que encerraban sus almas, y permanecieron mudas y abismadas en mutua contemplación.

En la mirada de la castellana de desbordaba su corazón volcánico, pintando en ella todo el odio, todos los celos, todo el

rencor que encerraba, y haciendo fulgurar en ella un resplandor supremo, que brillaba acerado y agudo como una lanza.

En la mirada de Amalia había toda la curiosidad del que quiere penetrar un misterio y al mismo tiempo se veía en ella el poder de los celos que le inspiraba aquella mujer.

La castellana estaba altiva. Amalia abatida: era una gacela luchando con un leona.

Amalia bajó los ojos dominada, no pudiendo resistir la fuerza magnética que despedían las negras pupilas de aquella mujer, cuyo espíritu tenía muchos puntos de contacto con el espíritu de Larrea.

—¿En qué puedo servir á usted? preguntó el padre de Amalia, para cortar aquella situación violenta.

—Usted no puede servirme en nada, respondió ésta: soy yo quien al contrario, viene á prestar á ustedes un inmenso servicio.

—¿Ha sucedido algo á Larrea? preguntó precipitadamente Amalia, con la vehemencia de la mujer que teme una desgracia al sér amado con delirio.

—No, joven, respondió la castellana, lívida ya por el coraje que despertaba en aquélla el sonido de la voz de Amalia:— á quien sucede una cruel desgracia es á usted misma, y yo vengo á anunciar esa desgracia; y espantaba el frío de arma blanca que se sentía en la expresión y sonido de aquella voz.

—¿Qué sucede, por Dios? preguntó Amalia con toda precipitación y aproximándose á aquella mujer portadora de una desgracia anunciada de aquella manera.

—Sucede,—respondó la castellana sonriendo de una manera infernal y dejando ver al sonreir una doble fila de blanquísimos dientes,—sucede que yo soy la esposa de Juan Martín Larrea, casado con usted bajo el nombre de su hermano Larrea, casamiento que es nulo porque yo soy su mujer desde hace siete años, mientras usted lo es sólo de siete meses á esta parte.

Un rayo caído á los pies de Amalia no la habría dejado tan helada de espanto como aquella revelación: se desplomó como un

cadáver y rompió á llorar de una manera conmovedora, retorciendo sus brazos con una desesperación irresistible.

El padre la socorría, presa de una aflicción imponderable y con una agitación tiernísima, mientras la castellana los miraba fría y sonriente, haciendo alarde de una crueldad satánica y saboreando aquella doble desesperación con una firmeza que parecía increible en una mujer, pues se veía que estaba conmovida, pero que dominaba aquella conmoción con una voluntad que sólo poseen los grandes espíritus.

La pieza donde pasaba esta escena se había llenado de curiosos y dependientes de la panadería, atraídos por el llanto de Amalia y las voces con que su padre intentaba calmarla.

Este fué el primero que dominó la situación; se dirigió á aquella mujer funesta y le preguntó si tenía las pruebas para demostrar su revelación.

—Tengo mucho que hablar con ustedes, respondió ésta, pero solos, no necesito tanto público.

Se hicieron retirar los curiosos.

Amalia fué conducida á su aposento. donde se trasladaron la castellana y el abatido panadero, y allí dió ésta su hábil golpe.

XIV.

Probó con su fe de casada y la fe de bautismo de ambos, que ella era la única y verdadera mujer de Juan Martín Larrea, conocido aquí por los nombres de Antonio y Miguel y manifestó que estaba dispuesta á hacer valer sus derechos ante la Curia y ante el mismo diablo, tomando un tono cariñoso y protector al dirigirse á Amalia con estas palabras:

—Comprendo que usted ha sido engañada con una habilidad diabólica, y es por esto que yo vengo á ayudarla para ahorrarle muchas vergüenzas y muchos malos ratos.

—Pero es mi marido y usted no me lo puede quitar, dijo Amalia, creciendo en desesperación: nos hemos casado ante la Curia y él no me negará que es mi marido.

—Aunque esto sucediera, es mi marido: tengo los derechos que da la ley á la primer mujer y me lo llevaré conmigo á pesar de él mismo.

—¿Y por qué ha venido usted? El no la quiere ya, puesto que se ha casado con otra y usted hace mal en perseguir á un hombre que no la quiere.

Esta fué una puñalada terrible para aquella mujer ardiente, pero se dominó por completo, y sin perder su aplomo y tono cariñoso, dijo que aquellas eran cuentas de su propio corazón, que no tenía que explicar á nadie, ni dejaba escapar una venganza que la había alimentado tanto tiempo.

Y en efecto, aquella mujer había hecho un viaje terrible,

sufriendo las impertinencias de los pasajeros y las galanterías que le habían prodigado durante el camino.

Lo que se proponía á aquella mujer era para ella un disparate que no valía la pena de ser contradicho.

Apartó su mirada de Amalia, y dirigiéndose al padre, le dijo:

—Es necesario que ustedes entablen hoy mismo, si es posible, demanda de divorcio, para salvar las formas; de todos modos, Larrea no ha de volver más aquí, porque vive conmigo, que soy su única mujer. Entablen la demanda sin pérdida de tiempo.

—Es que yo me vengaré, dijo entonces el padre, presa de un arrebato de ira: yo me vengaré y mataré á Larrea, haciéndole sufrir de una manera cruel: morirá en mis manos.

La castellana sonrió al oir esta amenaza: todo su amor se había despertado al oirla, y con el orgullo que le inspiraba el frío valor de su marido, amenazado de muerte por un hombre inferior, salió de la panadería, altiva y soberbia, diciendo: Usted no matará á mi marido porque él *es mucho hombre* y para llegar á su corazón se necesita otro brazo y otras entrañas que las suyas, buen hombre; ustedes lo que tienen que hacer es pedir el divorcio, y andando.

La castellana salió de allí y tomó la dirección del *Caballo Blanco* meditando una cosa infernal.—Ellos pedirán el divorcio, pensaba; Larrea será citado, yo concurriré también, y haré que él la humille en mi presencia, llamándola solo su pasatiempo, no su esposa.

Esta era la venganza que la castellana les reservaba, pues no dudaba que para Larrea no había vacilación entre ella y la más hermosa mujer de la tierra.

Entretanto, Amalia y su padre habían quedado verdaderamente anonadados.

Mandaron llamar á un vecino amigo, del que tomaron consejo, y resolvieron entablar la demanda de divorcio.

El panadero había renunciado á matar á Larrea, recordando sin duda la escena que precedió al casamiento de su hija y el

aspecto formidable que había notado varias veces en la fisonomía de su yerno.

En esa situación de espíritu entró la castellana al *Caballo Blanco*, donde la esperaba Larrea.

Ella le ocultó lo que había hecho esa mañana, como él le ocultó su plan de salvar á Amalia. Larrea había resuelto fugar con su primer mujer sin hacer mal á la segunda, y aquella debía realizarse con los dos últimos crímenes que cometería aquí Larrea, y que eran el robo de la casa del Dr. Gundin en la calle de la Defensa y el salteamiento de la casa del señor Lanús.

Larrea pasó aquel día con su mujer y se retiró á la tarde para concluir de preparar su primer robo, por supuesto bajo la promesa de no ir á la panadería.

Al salir de la pieza que ocupaba su mujer, Larrea se encontró con el *terne* que la acompañaba y palideció haciendo vagar su terrible mirada de la cara de aquel hombre á la de su mujer.

Esta comprendió todo lo que encerraba aquella amenaza y deteniéndolo de un brazo, le dijo:

—No hagas mal á ese hombre, Juan Martín, (sabemos que éste era el verdadero nombre de Larrea); no le hagas mal, que es el que me ha acompañado desde Valladolid, librándome de muchos desagrados.

Larrea salió rápido y sonriente; parecía que su situación se había aclarado y que, por el momento, no tenía nada que temer: creía engañar á su mujer y estaba tranquilo, aunque receloso.

Veamos cómo efectuó Larrea el robo al Dr. Gundin, mientras se desencadenaba sobre su cabeza la tempestad que le había preparado su mujer, que había llegado á convertirse en su fatalidad.

XV.

En la calle de la Defensa y Comercio, habitaba entonces el conocido médico Gundin, establecido allí desde años atrás, persona que llevaba una vida tranquila y arreglada.

El Dr. Gundin no tenía familia, vivía solo y sin más gente de servicio que una joven criadita que desempeñaba el servicio y arreglo de las piezas, y una vieja cocinera que hacía mucho tiempo lo acompañaba.

Larrea había averiguado qué persona era el Dr. Gundin, y había sabido que era un médico de alguna fortuna; fortuna que, constando en acciones al portador y en billetes de banco, estaba guardaba en su mayor parte en una caja de hierro, en el escritorio de su casa, resolviendo apoderarse de aquélla.

Para llegar á caja, el bandido se puso en contacto con la joven criadita, á quien se presentó bajo el aspecto de un portero de casa rica, que había sido seducido por su belleza y recatada conducta que sabía, según le manifestó, por haberse informado de personas que la conocían.

El ladrón sabía que para poseer por completo el corazón de una criadita, era necesario presentársele de igual, con la única superioridad de algunos meses de salario, puesto en el banco, y por supuesto bajo formal palabra de casamiento. Era en su aspecto, un hermoso gallego bonachón.

Muchos días estuvo Larrea pelando la pava con la criadita por lo fino, hasta que llegó á entrar á la casa á visitarla todas las

noches, mientras el Dr. Gundin salía para ir al teatro ó reunirse con algunos amigos.

Larrea entraba entonces en la habitación de Juanita,—así se llamaba,—donde permanecía hasta las diez, después de dar fin á una botellita de licor que llevaba y á una media libra de masitas que tenía el cuidado de mandar buscar con la misma Juanita, á una confitería poco distante de allí.

El bandido conocía admirablemente la casa del Dr. Gundin, pues á pretexto de conocer si ésta era una persona de gusto, se había hecho mostrar la sala, escritorio y aposento, reconociendo con un golpe de vista matemático la solidez de la caja de hierro, que era su punto principal, por cuya razón nunca habló de ella á la criadita.

Cuando ésta iba á comprar las masas, segura de que el patrón no volvería, él se encaminaba rápidamente al escritorio y examinaba á su antojo la construcción y solidez de la caja.

Cuando Juanita volvía lo hallaba siempre en su piececita, donde Larrea la recibía siempre con gran júbilo, diciéndole que era preciso activar su casamiento, pues no se conformaba con tener que regresar á la casa de su generoso patrón, solo, después de haber pasado allí tan deliciosos momentos.

Juanita, que había creído á puño cerrado en la honestidad de Larrea, y sobre todo en su casamiento, se tenía por completamente feliz, pues estaba verdaderamente apasionada de su hermosísimo gallego.

Una noche, por fin, Larrea se decidió á dar el golpe, y munido de los instrumentos del caso, se dirigió á caso del Dr. Gundin y anunció á Juanita que ese día había mandado llamar á su padre, que era cigarrero en Montevideo, para casarse dentro de 15 días; noticia que recibió Juanita con una alegría consiguiente á una criadita que sólo había aspirado á un cochero de tramway, y que se veía de la noche á la mañana solicitada por un lindo gallego, colocado de portero en una casa rica, de la que ella sería costurera, y dueña de veinticinco mil pesos honestamente ganados y colocados en el Banco.

Juanita se entrégó por completo á una franca alegría y quiso entrar en detalles; pero el bandido, que no debía perder tiempo, pues eran las ocho de la noche y el Dr. Gundin regresaba de diez á diez y media, dijo á su novia que era preciso fuese á comprar unas tabletas exquisitas que había visto en la confitería de la esquina de Defensa y Victoria, que él la esperaba con el licor abierto, pues tenía muchas buenas noticias que darle.

Con la ligereza y alegría que dan la posesión de la felicidad suprema, Juanita tomó el dinero que le daba su novio, como de costumbre, y se fué á comprar las tabletas solicitadas.

Larrea quedó completamente dueño de casa, pues la vieja cocinera no dormía en ella y hacía ya más de una hora que, concluída su faena, se había retirado.

En cuanto calculó que Juanita había andado media cuadra, el bandido cerró la puerta de calle y rápido y seguro se dirigió al escritorio, pues no había un momento que perder: no tenía más tiempo para dar su golpe, que el que emplearía Juanita en ir y volver á la Confitería de la Unión.

Seguro de sí mismo y con su sangre fría habitual, Larrea empezó su operación con la destreza de un cirujano que va con su bisturí recto á la arteria que busca en el cadáver que conoce, con una perfección matemática; sacó su ganzúa, su célebre ganzúa de que ya se había servido en la casa de Dupuy y C^{a}., la introdujo en la cerradura y la hizo girar. La cerradura resistió un momento, pero en seguida cedió, sintiéndose ese ruido especial del pestillo que se descorre, haciendo estremecer el corazón del ladrón que se encuentra lleno de ansiedad, esperando aquel ruido que le quita del espíritu todo temor y toda duda.

A aquel ruido del pestillo, la fisonomía de Larrea se iluminó con aquella expresión indefinible que se ve en la cara del avaro al contacto de su oro.

Nunca había sentido el bandido tanta emoción, pues aquel robo importaba para él lo que no habían importado los otros: su tranquilidad y su fuga, adquiridas con aquel dinero.

La cerradura cedió, pero la puerta de la caja no se abrió,

estaba aún cerrada por otro pequeño pestillo que se abría por medio de un secreto desconocido para el ladrón.

Una nube de despecho y de ansiedad borró de su semblante la alegría pintada en él poco antes: Larrea, conmovido y sudoroso, hundió á través de la puerta una mirada en el interior de la caja, como si con aquella mirada fuese á allanar la dificultad que se le ofrecía.

Era necesario ganar tiempo: Juanita podía volver y entorpecer la operación, aunque no destruirla, pues en último caso él la inutilizaría en el zaguán, cosa en que no había pensado y para lo que no estaba preparado.

Dos minutos, sólo dos minutos de vacilación sufrió el espíritu de Larrea, minutos que fueron una noche entera.

Por fin sacó un formón, y un mazo de madera, colocó aquel formón en la juntura baja de la puerta de la caja y dió en el cabo un golpe de maza con una pasmosa habilidad y fuerza; al chocar el mazo con el formón no se produjo ruido alguno, porque el cabo de aquél estaba maestramente forrado en paños, pero la puerta se abrió con algún ruido, dejando á merced de las temblorosas manos de Larrea, el contenido codiciado de la caja.

A la vista del dinero, Larrea se serenó por completo y dominó toda emoción, sabiendo lo necesario y útil que es en estos casos la calma y la sangre fría.

Un bandido vulgar se hubiera apoderado de todo y hubiera huído, dejando la pieza en el mayor desorden; pero este proceder no hubiera sido digno de un ladrón de su fama y de su crédito.

Larrea empezó á trasladar á sus bolsillos el contenido de la caja, con gran rapidez, pero con la misma tranquilidad con que lo hubiera hecho el mismo doctor Gundin: eran ochenta mil pesos en billetes de Banco y ciento diez mil en diferentes acciones, donde figuraban dos de Amambay y Maracayú, que el bandido depositó nuevamente en la caja.

En seguida recogió sus instrumentos, arregló el desorden de la pieza, escribió dos líneas en una pizarra que estaba colgada en la pared del lado de afuera y abrió la puerta de calle, diri-

giéndose en seguida al cuarto de Juanita: había empleado en la operación sólo diez y ocho minutos.

Dos ó tres minutos después entró Juanita, radiante de alegría, con un papel de tabletas que se sentó á comer en compañía de Larrea y de una botella de licor, hablando de su próximo enlace y de la venida del padre de su novio, que éste le señalaba bajo nombre de *tu suegro*.

En amorosa plática y haciendo honor al licor y tabletas, permanecieron los novios hasta las nueve y media de la noche, hora en que el hermoso gallego se retiraba, para no ser sorprendido por Gundin.

A las diez y media éste no había vuelto, por lo que Juanita cerró la puerta de calle, como lo hacía siempre que su patrón no venía á aquella hora, porque él entraba entónces con la llave del picaporte.

Aquella noche el Dr. Gundin volvió tarde, entró directamente á su aposento y se recogió, sin poder sospechar la escena que había tenido lugar en su escritorio.

El bandido había regresado al *Caballo Blanco*, entregado á su mujer los ochenta mil pesos, y saliendo en seguida á realizar sus acciones al portador, en la multitud de parajes conocidos en el mundo lunfardo.

XVI

Al día siguiente á las diez de la mañana y después de haber almorzado, el Dr. Gundin fué á la pizarra de su escritorio á copiar los apuntes que en ella hubiera, como lo hacía siempre, y quedó sorprendido ante el primero de ellos, que había dejado cavilosos á los clientes que, al ir á dejar su apunte, lo habían leído antes que él.

Aquel apunte, escrito con aquella hermosa letra española que poseía Larrea, decía estas palabras:

«El doctor Gundin puede girar por valor de 200.000 pesos, contra el Banco de Antonio Larrea y Cía. donde se halla depositada su fortuna.

Antonio Larrea y Cia.»

Al doctor Gundin le llamó la atención aquel aviso original, pero como no conocía á Larrea no podía sospechar la verdad: llamó á Juanita que se manifestó ignorante de la persona que pudiera haber escrito aquellas líneas, y se dirigió á su escritorio, festejando interiormente la broma.

Antes de salir fué á abrir la caja para sacar algún dinero y quedó mudo de asombro.

Un gobernador riojano ó un empresario de ferrocarril tucumano, no habrían hecho mayor limpieza.

Entonces saltó á su espíritu la explicación del apunte de la pizarra.

Disimuló la cosa, sospechando la complicidad que en el robo pudieran tener Juanita ó la cocinera, y envolviendo la pizarra en un papel, se dirigió á la Policía, dando cuenta de lo que le sucedía.

Si Antonio Larrea era completamente desconocido para el Dr. Gundin, no sucedía lo mismo en el Hotel del Gallo, donde tenía una larga cuenta abierta.

Al ver las líneas de la pizarra, la Policía comprendió que se las había de nuevo con el famoso ladrón; tomó sus medidas para echarle el guante y mandó reducir á prisión á Juanita y la vieja cocinera.

Juanita, interrogada hábilmente, confesó lo que acabamos de narrar, narración que confirmó más tarde el mismo Larrea, y fué puesta en libertad, pues estaba completamente libre de toda sospecha de complicidad en aquella nueva y audaz hazaña del famoso presidiario.

La Policía buscó inútilmente durante muchos días sin poder dar con su rastro, que había perdido por completo la misma Amalia, y su incauto suegro, ocupados entonces en la demanda de divorcio.

Sigamos nosotros su pista en su curioso sumario, que lo lleva aquí á la Curia Eclesiástica.

XVII.

Al día siguiente, sacándole el cuerpo á la Policía con un nuevo disfraz, se presentó de nuevo en casa de su mujer, dueño de una fortuna é invitándole á huir á Norte América ó á Génova.

Esta se negó á seguirlo, asegurándole que no se movería de Buenos Aires, antes que él se hubiera separado de Amalia, añadiendo que era preciso activara las diligencias que habían de dar ese resultado.

Larrea salió del *Caballo Blanco* anonadado: él no quería perder á Amalia y sin embargo, era el único medio de escapar á la venganza de la castellana; venganza que, si se realizaba, sería su perdición inevitable; su mujer lo haría prender sin el menor escrúpulo.

Estaba en la situación más formidable en que lo colocara la suerte, cansada de protegerlo; situación que no alcanzaría á romper su puñal, como otras veces, pues la víctima que se le ofrecía era la hermosa castellana, y su brazo temblaba ante la sola idea de atentar contra aquella vida.

¿Qué hacer entonces para evitar la tormenta que se cernía sobre su cabeza? ¿qué hacer para escapar á la venganza de su mujer, si huía por no perder á Amalia á quien el bandido había cobrado un cariño inexplicable, casi parternal?

Huir: he aquí la única senda donde pudiera encaminar su planta: huyendo escapaba por entonces á la venganza de su mujer;

pero le dejaba á Amalia sobre quien esa venganza se realizaría más cruel, más desesperada.

El bandido conocía á fondo la castellana y sabía que no había poder bastante á detenerla.

Larrea vagó ese día por las calles, presa de grandes agitaciones: era necesario tomar una gran resolución, qualquiera que fuera, y afrontar la situación de una manera enérgica y eficaz.

Tomó pues una resolución suprema: salvar antes á Amalia para lo cual tendría que engañar á su mujer, y entregarse en seguida á su destino fatal, no sin luchar con astucia para desbaratar el plan de la castellana.

Se fué pues al *Caballo Blanco* y dijo á su mujer que al otro día pediría á la Curia su separación de Amalia y que huirían en seguida, el día después, para lo cual su amigo Lanús le iba á dar la suma de cien mil pesos que le había ofrecido porque lo quería mucho.

La castellana no se dejó engañar: creía realmente que Larrea pediría su separación, pero veía que éste quería ausentarse antes que la separación hubiese sido decretada, y ésta no era la realización de su venganza, tras la cual había corrido dos mil quinientas leguas, atravesando el Océano. Leyó en los ojos de Larrea, y se negó á seguirlo.

—No me moveré de Buenos Aires, ni permitiré que tú te alejes, antes de haber visto á aquella mujer humillada y privada por completo de los derechos adquiridos sobre un marido que me ha robado como un imbécil.

El bandido veía desbaratarse su plan, con dolor y rabia; quiso emplear nuevos y astutos argumentos que sólo sirvieron para corroborar las sospechas que abrigaba su mujer, y viéndose vencido por completo, apeló á la amenaza como último recurso.

¡Vana esperanza! aquella mujer era la fatalidad contra la que debía estrellarse por completo.

Antes que sus labios se movieran para traducir en palabras el brillo funesto de sus ojos formidables, la palabra se había ahogado y el bandido había enmudecido y temblando ante estas pa-

labras que su mujer pronunció avanzando decididamente á su encuentro:

—Mátame, vamos, no tengas miedo, pues un solo rasgo de cobardía que viera en tí te atraería mi más profundo desprecio; mátame, pero sabe que para vengarme he de salir de la tumba que me abra tu puñal.

No había remedio: para Larrea había llegado la hora de la expiación, su hora suprema, y empezaba á doblar la cabeza ante la fuerza del destino.

Hay en fondo de cada sér una conciencia que ha de despertar alguna vez en el alma del bandido; y Larrea empezaba á sentir el despertar de la suya, con cierto espanto que no había experimentado nunca; tenía el presentimiento de que aquella mujer iba á ser su perdición, y empezaba á conformarse, reconociendo la razón que la asistía y su impotencia para con ella.

—Tú vas á sentarme en el banquillo, la había dicho el bandido.

—Tú lo habrás, querido, había respondido la castellana: renuncia á ese *pingajo* y serás feliz.

—Pero si renuncio á todo menos á tí, respondió el bandido con desesperación: embarquémonos mañana mismo.

—Sí, pero antes es necesario que pidas y obtengas tu separación, pues de otro modo siempre serías para mí un marido ajeno. ¿Qué demonio te tentó á cometer esta infamia? siguió la castellana sintiendo conmoverse de una manera poderosa; ¿no tenías mi amor que te acompañaba hasta el presidio y que te hubiera acompañado hasta el fin del mundo? ¿no sabías que yo te amaba con locura, no pensaste jamás en el dolor en que la noticia de esta infamia iba á sumirme?—tú no me has amado nunca, concluyó secando las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, porque si me hubieras amado no habrías hecho esto y aún habiéndole hecho, no hubieras vacilado desde que volviste á verme.

Larrea se sintió verdaderamente conmovido y dominado por

aquel acento de dolor inmenso, levantó su pálida cabeza y miró á su mujer por entre el cristal de sus lágrimas, devorando la hermosura de aquella bellísima cabeza, casi ideal, por la expresión de dolor y de ternura impresa en ella.

Todo desapareció ante el bandido, al contemplar á su mujer; la envolvió en una íntima mirada y adoptó una resolución inquebrantable. Haré lo que tú quieras, le dijo: para mí no hay en el mundo más que tú: por tí renuncio á todo, no llores más y descansa en mi promesa.

La castellana se sintió feliz: vió en la mirada de su bandido la poderosa influencia que sobre él tenía su amor y no dudó un momento que aquella promesa de Larrea se cumpliría: se acercó á él, le estrechó la mano y le dijo:

—Puedes ver á ese tu amigo Lanús, pues partiremos al día siguiente de obtenida tu separación.

Larrea salió del *Caballo Blanco*, no á ver á su titulado amigo Lanús, pero sí á los amigos que debían ayudarlo en la audaz empresa de robo y salteo á aquella casa.

Su mujer salió también al poco rato, seguida del *terne*, y tomó el camino de la panadería: quería activar la separación, quería precipitar al panadero y su hija, pues le tardaba el día en que había de gozar del inmenso amor que había leído en la última mirada del bandido.

XVIII.

Cuando la castellana llegó, salían de la panadería Amalia y su padre, provistos de los papeles necesarios para entablar la demanda de divorcio. La castellana quiso detenerlos y hablarlos, pero ellos la miraron con un infinito desprecio y pasaron de largo.

La castellana los siguió con una mirada de odio reconcentrado y feroz, y tomó también directamente el camino de la Curia, acompañada de su *terne*.

Entraron casi juntos á la Curia, donde entró también la castellana á escuchar la demanda y prestar su declaración como parte damnificada.

Amalia y su padre entablaron la demanda de separación, como si la mujer de Larrea no hubiera estado presente, y una vez que concluyeron esto, se levantó ella y expuso que pedía la anulación de aquel matrimonio que se había efectuado después del suyo, lo que ofreció probar al día siguiente con sus papeles y demás cosas que fueran necesarias.

Se ofrecía una dificultad: ¿dónde encontrar á Larrea, dónde hacerle llegar una citación para que concurriera á la demanda interpuesta por la castellana, que lo hacía reo de un gran castigo?

La castellana allanó la dificultad diciendo que como era su marido legítimo y vivía con ella, ella lo traería consigo el día y hora que señalara la Curia. Esta fijó el *careo* para dentro de dos

días, á las doce, y los demandados se retiraron: Amalia llorando amargamente, del brazo de su buen padre, la castellana altiva y soberbia, seguida del *terne* que la acompañaba: ¡raras mujeres que con tanta vehemencia se disputaban la propiedad de un bandido!

El momento supremo debía llegar, momento esperado por la castellana con una fe profunda.

Esa misma noche Larrea, haciendo lujo de su audacia y valor, llevó á cabo el asalto de la casa del Sr. Lanús, hecho sucedido á las ocho de la noche, á una cuadra de la Policía y que dió por resultado la muerte del cocinero de la casa, que cayó bajo el puñal de Larrea.

Larrea tuvo que huir sin haber podido llegar á su objeto: cien mil pesos que sabía estaban depositados en aquella casa; era la primera empresa que le fallaba, lo que había hecho decaer su ánimo, pues veía que la fatalidad empezaba á hacerse sentir sobre él.

Presa de gran desaliento, se dirigió al *Caballo Blanco*, donde supo lo que ese día habían hecho sus dos mujeres.

Esperaba el día de aquel careo, decidido siempre á lo prometido á la castellana.

Larrea pasó aquel día con su mujer hablando detalladamente de lo que harían una vez que huyeran de Buenos Aires en busca de días más felices.

Desde allí la pudo ver salir, tomar la dirección de la Policía y franquear su puerta, seguida siempre de aquel hombre que la había acompañado desde Valladolid, y á quien sentía entonces no haber muerto la primera vez que lo vió.

Al desaparecer su mujer por la puerta de la Policía, Larrea se tomó la cabeza con ambas manos como si hubiese temido fuera á reventársele y siguió por la calle de Defensa hasta la esquina de Victoria, donde subió al tramway que va á la Boca.

Su situación era ya insostenible y necesitaba cambiar el nuevo plan que debía adoptar para no estrellarse contra la fa-

talidad que le salía al camino, con la misma eficacia que él considerara ineludible.

Larrea se bajó en la Boca y se fué á casa de unos amigos y compañeros de oficio donde podía estar con seguridad, mientras su inteligencia se aclaraba y lo hacía dueño de la situación: allí permaneció hasta el día siguiente en que salió después de haber adoptado una resolución que debía salvarlo ó concluirlo de perder.

Salió de casa de los amigos de la Boca, y se vino á la ciudad, á casa de otros conocidos donde pasó la noche dando su último mano al plan que había adoptado, para matar en su mujer toda idea de venganza.

XIX.

El día fatal llegó, con la rapidez con que llega todo aquello que nos inspira temor ó recelo, y los esposos Larrea se dirigieron á la Curia, donde llegaron sin haber encontrado á Amalia: ésta vino con su padre un cuarto de hora más tarde.

La situación de Larrea no podía ser más crítica: era la primera vez que se encontraba frente á sus dos mujeres y se encontraba débil para afrontar la desesperación de una y el dominio amoroso de la otra.

El llanto de Amalia, su fisonomía triste y demacrada por el sufrimiento, lo conmovían de una manera inevitable, sentía remordimiento y volvía á renacer en él su espíritu de protección hácia aquella pobre niña que había sacrificado por poseer aquella panadería y poder negociar con la firma de su suegro.

Por otra parte, los ojos de la castellana lo imponían y el amor que iba renaciendo en él, lo dominaba por completo.

—¿Cuál de estas dos mujeres es la vuestra? preguntó á Larrea el curial escribano.

Larrea miró á Amalia que lo contemplaba ansiosa, transida por el dolor, y bajó la cabeza, que levantó para mirar á la castellana, que estaba sonriente, envolviéndola en una mirada de supremo amor.

El bandido vaciló, estaba pálido, intensamente pálido, y á sus hermosos ojos asomaban los resplandores de la lucha que tenía lugar en el corazón: no quería asestar un golpe de muerte

á la inocente Amalia, ni se atrevía á dar una puñalada en el corazón amante de la castellana: su boca había tomado ese pliegue repugnante que borraba de su fisonomía toda expresión de belleza y no se atrevía á hablar.

El curial escribano repitió la pregunta y Larrea se conmovió poderosamente: volvió á vacilar, volvió á pasear su mirada por aquellas personas y siguió mudo, como asombrado.

—Vamos, responde, le dijo entonces la castellana—¿por qué vacilas? contesta al señor cura—¿cuál es tu mujer verdadera?

El bandido se estremeció al sonido de aquella voz, y respondió *tú*, pero fué un tú que parecía más que una palabra, un estertor.

Amalia lanzó un grito, rompió á llorar de una manera desconsoladora y su cabeza buscó abrigo en el pecho de su padre.

Aquella escena fué superior á las fuerzas del bandido: paseó una mirada vaga por aquella pieza y dijo: Pero también aquella es mi mujer.

La castellana se levantó como movida por un resorte, miró á Larrea de arriba abajo con una mirada espantosa y permaneció absorbida en su contemplación.

Larrea non pudo sufrir más, miró á la puerta y salió por ella, huyendo con una rapidez increible.

La castellana lo vió salir, pálida y asombrada: se repuso sin embargo, saludó á los que allí quedaban y salió de la curia haciendo señas á su *terne*.

La castellana tomó altiva el camino de la Policía, y se hizo conducir al despacho del Jefe que era entonces don Manuel Rocha.

Amalia y su padre volvieron á su casa.

Allí narró la historia de Larrea en Valladolid y Santander, que ya conocen nuestros lectores, con colores sombríos, pues quería ardientemente perder á Larrea, para lo cual exageraba cada detalle y cada pequeño episodio, á pesar de que el bandido era un tipo que no necesitaba exageración; ella corroboró los robos de Dupuy y de Gundin, que no necesitaban más corrobo-

ración que los papeles dejados por el banquero Larrea, y se alejó después de recomendar con vehemencia la captura de su marido, en la que se debía desplegar gran actividad para impedir toda burla, y dejando su domicilio anotado, pues si la Policía no daba con Larrea, ella ayudaría en la pesquisa.

Una vez en el *Caballo Blanco*, esta mujer sintió desplomarse todo su valor: había sufrido horriblemente, acababa de renunciar á su marido, entregándolo á la acción de la autoridad, y empezaba á dejarse ganar por el dolor.

Allí en su pieza sola se entregó por completo á su desesperación dolorosa: ¿de qué le había servido amenazar á Larrea y retirarlo del contacto de la nueva familia á que había entrado á formar parte?

Todo esto le había servido solamente para acercarse á él, alimentando una esperanza, su última esperanza, sobre el corazón de su marido, para perderla, perdiéndolo á él sin remedio, pues sólo volvería á verlo detrás de las rejas de una cárcel.

XX.

¿Qué había sido entretanto de Larrea?

Había salido de la Curia sin rumbo, con la cabeza ofuscada, como un loco furioso, y había tomado la dirección del bajo.

Sabía que al abandonar la curia de aquella manera, había atraído sobre sí toda la furia de su mujer, que, dotada de una resolución de ánimo superior á la suya misma, no se detendría ahora ni ante la misma muerte ofrecida por él.

Larrea se metió en un portal de la calle Rivadavia frente á la plaza 25 de Mayo, é hizo converger todos los rayos de su mirada espantosa en aquel momento, á la puerta de la Curia, por donde había de salir su mujer.

XXI.

Al día siguiente Larrea se fué al *Caballo Blanco* donde halló á su mujer que no demostró al verlo ningún asombro.

—Sabía que volverías, dijo ésta con la mayor naturalidad, y te esperaba. ¿Qué es lo que quieres?

—Quiero que nos vayamos de aquí, replicó fríamente Larrea: haré todo lo que tú quieras, me he resuelto á todo menos á perderte: estoy convencido de que el único amor que se abriga para mí sobre la tierra es el de tu corazón, y es recién anoche que lo he apreciado en su justo valor. Vámonos de Buenos Aires.

—Ahora es imposible, respondió la castellana: yo mismo estoy vigilada por la policía á quien te delaté el mismo día que saliste de la Curia renegando de mí, de mí que tanto te amaba, de mí que te consagré mi vida hasta el extremo de hacerme cómplice de tus crímenes, puesto que lo callaba, y en cambio de tanto amor y tanto sacrificio, sólo te pedía tu cariño que me has retirado delante de una muñeca que no serviría ni para que jugara un hijo mío. Mátame, Larrea, mátame, concluyó aquella mujer sobrenatural; mátame, porque ésta es la única manera de que te libres de mí; mátame porque yo he de entregarte á la autoriad, lo he jurado por la memoria de mi madre, y lo cumpliré si no me matas—y al mismo tiempo que así hablaba, la castellana lloraba y Larrea,al oirla, temblaba todo.

La voz de aquella mujer despertaba en él un mundo de re-

cuerdos y sentía su corazón avasallarse ante aquellas pupilas negras que lo miraban con un cariño arrobador. Ante este cariño que se podía ver en la conmoción de que era presa su mujer, era inútil recurrir á la amenaza. Larrea lo comprendió así: sus labios temblaron, una lágrima se vió lucir en cada uno de sus ojos, y se levantó sereno, como quien se entrega por completo á la fatalidad inevitable de la suerte: envolvió á su mujer, á su hermosa mujer que lo empujaba al abismo, en una mirada suprema, y salió del *Caballo Blanco*, diciendo estas palabras como una especie de lamento tristísimo:

—Está bien, piérdeme: contra tí no tengo defensa posible: estoy dispuesto á correr mi suerte, la suerte que tú me has deparado, y te juro no moverme de Buenos Aires.

—¿Dónde vas?

— Voy á la panadería á despedirme de aquella gente, dijo saliendo, pues sé que por esta misma respuesta tú me harás prender sin pérdida de tiempo.

Larrea salió y la castellana cayó desplomada sobre la silla, rompiendo á llorar con toda la desesperación de que puede ser susceptible un espíritu humano.

De pronto recordó las últimas palabras de Larrea: sus lágrimas se secaron en el volcán de sus mejillas, se levantó como movida por un resorte, y echándose sobre los hombros una mantilla de chapa, se dirigió á la Policía con paso nervioso y precipitado.

Iba á indicar el paraje donde Larrea podía ser preso.

La hora de la expiación sonaba pues para el bandido.

Larrea había vuelto á casa del panadero, tranquilo y resignado, pero con una resignación que parecía más bien la de un condenado á muerte, entrando sin vacilar al cuarto de Amalia.

Allí confesó todos sus delitos, diciendo que el fin de su vida se acercaba, que él no pondría ni un átomo de su voluntad para sacar el cuerpo á la Policía, que sin duda á esas horas venía ya en su busca, y que antes de ser prendido la único que deseaba era

obtener el perdón de Amalia, por la desgracia á que su ambición lo había sumido.

Amalia, silenciosa y absorta, escuchaba las palabras del bandido con una especie de terror nunca visto: el padre de Amalia no había desplegado sus labios; estaba dominado por su yerno, y temía despertar, con una sola palabra, la cólera formidable de Larrea.

Este pidió de nuevo á Amalia le perdonase, pues no tardaría en ser preso, y esta vez iba á serlo sin remedio, pues no estaba dispuesto á entregarse, en prueba de lo cual sacó de su bolsillo su inseparable sevillana que puso sobre el mostrador mirando su hoja aguda y cortante con un infinito cariño: en seguida se sacó la levita y viendo que su mujer no le contestaba nada, salió á la puerta en mangas de camisa y se paró en la actitud de un tranquilo panadero que toma el fresco.

Allí esperaba ser reducido á prisión, con la mayor tranquilidad de este mundo.

¿Qué pasaba por el alma del bandido que así renunciaba á la liberdad por la que tanto se había expuesto y sufrido? ¿Es que por medio de la prisión quería librarse de la castellana que regresaría á Europa una vez preso él, contando con escaparse; ó es que hastiado de la vida, sin fuerzas para luchar se entregaba á la ola del destino con una especie de resignación estúpida y ajena á aquel espíritu tan formidablemente templado?

Rara resolución en aquel hombre cuya admirable sagacidad lo había puesto siempre fuera del alcance de la Policía.

¡Su mujer, entretanto, aquella terrible mujer que así lo entregaba, estaba en la Policía indicando donde podría ser preso.

La autoridad había tomado sus medidas, y de la Policía había salido el comisario Rosende, acompañando de dos agentes, con el encargo de prender á Larrea y traerlo á la Policía.

Rosende sabía qué clase de niño iba á prender y sabía que éste opondría toda la resistencia posible; pero con aquel valor frío y sereno que nunca abandona al buen agente de Policía, se

trasladó á casa de Larrea, resuelto á reducir á prisión al bandido, en cuyo buen resultado estaba interesado su amor propio de hombre y su espíritu de agente policial.

Cuando Rosende divisó la puerta de la panadería, vió parado en el dintel á aquel hombre en mangas de camisa, indiferente á todo lo que sucedía á su alrededor, y sospechando pudiera ser aquel el hombre á quien venía á buscar, se hizo el distraído dirigiéndose rectamente á la panadería.

Así como Rosende había presentido á Larrea, éste presintió al agente de seguridad, y se sonrió como con orgullo al ver las precauciones con que se le venían encima, pues en ellas adivinó el temor que aún se le tenía.

Rosende entró á la panadería, cortando á Larrea toda retirada, y parándose á su espalda le preguntó:

—¿Es usted Antonio Larrea?

—Yo soy Antonio Larrea, replicó el bandido con fiereza, midiendo al agente con una mirada insolente.

El comisario Rosende sacó entonces la orden de que iba provisto, y enseñándola á Larrea, le intimó se entregara preso.

Algo terrible é imposible de describir pasó por los azules ojos del bandido, al encontrarse frente al comisario: había sentido debilitarse su resolución de dejarse prender, y había asomado á ellos, como un relámpago, la expresión de una amenaza. Sin embargo, dominó aquel primer ímpetu, y como quien hace un supremo esfuerzo, dijo:

—Me entrego preso, pero permítame usted que vaya á ponerme la levita; en otra situación yo habría partido á usted en canal (era su expresión favorita) y hoy me entrego porque sí, y voy á ponerme un saco.

Rosende creyó que aquel era un pretexto del bandido para escaparse, y se negó á la pretensión intimándole lo siguiese inmediatamente.

Otro relámpago de suprema y altiva insolencia asomó á los

ojos del bandido, pero lo dominó de nuevo, y sonriendo con una especie de compasión, bajó del escalón diciendo:

— Cuando usted guste.

Rosende lo tomó del brazo: aquella resignación no le inspiraba un átomo de confianza, y apreciando en lo que valía la importancia de esta captura, temía que el bandido, cuya sagacidad conocía, se le escapase cuando más seguro él lo creía; así es que sin soltarle el brazo un momento y sin dejar de envolverlo en su mirada de inteligente, Rosende entró á la Policía acompañando al bandido formidable, de cuya prisión se dudaba á pesar de tenerlo allí, en el mismo patio del Departamento.

Larrea fué introducido al despacho del jefe, donde estaba su mujer esperando el resultado.

XXII.

Allí estaba por fin Larrea, el terrible Larrea, sin sevillana, sin ánimo y completamente á merced de la justicia, que iba á instruir el largo sumario que van conociendo nuestros lectores.

La castellana se levantó gimiendo, llevó el pañuelo á los ojos y sin decir una palabra salió del despacho del Jefe de la Policía, tomando el camino del *Caballo Blanco*.

Larrea fué levantando poco á poco la cabeza, fijó su mirada en el semblante del Jefe de Policía, y le dirigió la palabra con una amargura suprema:

—Estoy por fin aquí porque lo he querido: á no ser mi voluntad, vivo no me hubieran visto aquí la cara: ya estoy pues bajo el poder de la policía: pido se me traslade al paraje que he de habitar, porque necesito engañar la fatiga del cuerpo y del espíritu con algún reposo.—Después estaré dispuesto y apto á sufrir cualquier interrogatorio que se me quiera hacer.

Larrea fué llevado á una pieza donde debía permanecer incomunicado, mientras se le instruía un fabuloso sumario y se hacía comparecer á las víctimas de sus robos, con quienes se les debía carear.

Aquí aparecieron nuevos robos que se ignoraban y que verá el lector en el trascurso de esta narración, cuyas víctimas habían sido el corredor Lawson, persona muy conocida en nuestro comercio, y un barraquero de Montevideo; robo que relató el comisario oriental, que lo vino á reclamar una vez que en Montevideo se supo haber sido preso aquí el famoso Antonio Larrea.

XXIII.

Este barraquero había realizado un gran negocio de cueros, cuyo importe había cobrado dirigiéndose con él á su casa en un carruaje de su propiedad.

Al entrar, Alzaga, que así se llamaba el barraquero, dijo al cochero lo esperaba porque tenía algo que decirle, y pidiendo á la sirviente una taza de té, entró á un escritorio á guardar el dinero en una caja de hierro.

Pocos momentos después entró un caballero rubio y de distinguido aspecto, que preguntó por Alzaga y fué introducido al escritorio donde aquél se ocupaba en organizar su dinero.—Un momento y soy con usted, dijo al joven, prosiguiendo en su tarea que ya iba á concluir.

Con una rapidez sobrehumana y una fuerza de musculatura asombrosa, el joven rubio, que no era otro que Larrea, se lanzó sobre Alzaga y antes que éste, sorprendido, pudiera dar una voz ó hacer un movimiento, Larrea le había puesto una mordaza hecha de dos pañuelos que llevaba, hábilmente construida.

En esos momentos entraba la sirviente con la taza de té que había pedido el patrón, y á quien Larrea recibió tomándole con una mano la taza que colocó sobre el escritorio y con la otra apoyándole una pistola en la frente, diciéndole:—si hablas una palabra te hago volar los sesos.

La sirviente quedó muda por el espanto y la sorpresa. Larrea la hizo sentar en una silla, donde la ató y la amordazó, tomó en

seguida la taza de té que empezó á beber á pequeños sorbos, salió al patio después de cerrar la puerta del escritorio, y llamó al cochero.

—El patrón, le dijo, me encarga te despache, porque ha resuelto andar á caballo desde mañana; ¿cuánto se te debe? El cochero, viendo la tranquilidad de aquel hombre que tomaba té, no sospechó nada y dijo se le debían nueve pesos nacionales. Larrea le dió á tener la taza, le pagó los nueve pesos, y lo despachó diciéndole que podía llevar el carruaje á la cochería y volver á dormir allí esa noche, hasta que encontrase acomodo.

Una vez que se fué el cochero, Larrea llamó á la cocinera, á quien pagó lo que se le debía, diciéndole que el patrón había resuelto comer en el hotel, y que por consiguiente no la necesitaba más.

Despachó así á la cocinera, y siguió al escritorio como dueño de la casa, haciendo alarde de una presencia de ánimo asombrosa, según el patrón y la sirviente que fueron desatados más tarde.

Allí Larrea se apoderó de todo el dinero que había llevado el barraquero, eligiendo con propigidad y detención las monedas, dejando en el escritorio aquellas que, por lo especiales, pudieran dejar alguna sospecha de su rastro al ser cambiadas.
barraquero, eligiendo con prolijidad y detención las monedas, en sus diferentes bolsillos, y se embarcó á bordo del « Júpiter » que venía á Buenos Aires.

Esa noche, cuando el cochero regresó á casa de su patrón, recién se pudo descubrir el robo y poner en libertad á los atados, quienes declararon lo que acabamos de narrar.

Veamos ahora el robo cometido al corredor Lawson.

XXIV.

El robo efectuado en casa del señor Lawson, calle de la Defensa, fué hecho de la manera siguiente:

Cuando Larrea se presentó en casa de Lawson, este caballero se hallaba en su quinta de Belgrano, cosa que sabía Larrea de antemano, como asimismo que aquel día Lawson había dejado en su casa, en una caja que tenía en el escritorio, una cantidad fuerte de dinero y letras de cambio.

Cuando Larrea se presentó allí, fué recibido por dos sirvientes que le dijeron estar Lawson en Belgrano, de donde no debía regresar hasta el día siguiente, á la hora de los quehaceres en la Bolsa.

Larrea se mostró sumamente contrariado y pidió permiso para entrar al escritorio á dejarle un papel, pues no podía venir al día siguiente y el asunto que allí lo traía era sumamente interesante, tanto para uno como para otro.

Al ver el aspecto sumamente distinguido de Larrea y su rostro franco y seductor, la sirviente le franqueó inmediatamente la puerta, haciéndolo pasar al escritorio, donde se puso á escribir el papel que debía dejar á Lawson.

¡Diablo de hombre, decía, mientras escribía, qué manera de tratar á sus íntimos amigos! ¡ya me las pagarás, diablo! y seguía sonriendo á medida que escribía, siendo contemplado con grande encanto por la sirviente, que estaba seducida por el tono jovial y amable con que hablaba y escribía.

—Yo tengo sed, mucha sed, dijo de repente dirigéndose á la muchacha; traedme algo de beber, pero oye, que sea lo mejor que tenga este diablo de Lawson, que así cita á los amigos y se manda mudar á Belgrano.

La muchacha dijo que con mucho gusto complacería al señor, pero que el patrón se había llevado las llaves de los aparadores y que no tenía nada con que obsequiarlo, creyendo que ni las copas habían quedado fuera del armario.

Con la mayor naturalidad y con una zalamería que concluyó de captarse la buena voluntad de la sirviente, el bandido sacó una cartera, de ella cien pesos y los dió á la muchacha diciéndole: —Toma y compra una botella de vino Jerez, porque francamente tengo una sed de todos los diablos.

La muchacha tomó el dinero y se largó á la calle prometiéndose estar de vuelta en un periquete, pero no anduvo tan lista que no dejara al bandido el tiempo que necesitara, y que había conseguido con tanta habilidad.

Cuando Larrea quedó solo, una siniestra alegría iluminó su semblante, respiró con gran fuerza, y reposó una cariñosa mirada sobre la caja de hierro: sacó del bolsillo dos instrumentos de acero y con una rapidez prodigiosa y una habilidad de prestidigitador, abrió la caja de hierro dejándola más límpia que las arcas del gobierno riojano.

Cuando la sirviente estuvo de regreso con el vino, encontró á Larrea sentado aún delante del escritorio y fumando un cigarrillo de papel; la miró picarescamente y le dijo con la mayor naturalidad:—Es tal la enorme sed que tengo, que se me figuró que habías tardado una eternidad; dáme un trago, hijita.

La muchacha quiso ir en busca de un vaso, pero Larrea le tomó la botella, y llevándosela á la boca, le dijo:

—Así no más está bueno. Dale á tu patrón ese billete que le dejo y guarda ese vuelto para tí, dijo alejándose precipitadamente.

La sirviente salió á la calle á mirar cómo se alejaba aquel hombre original, que con tanto desprendimiento daba cincuenta

pesos de propina y hablaba tan campechanamente: sólo cuando lo hubo perdido de vista, entró, prometiéndose el placer de una comida con el resto de aquel Jerez que parecía exquisito.

La curiosidad de saber el nombre del sujeto, la llevó al escritorio á mirar la firma del papel que había dejado para su patrón, encontrando éste: « El banquero Antonio Larrea. » La muchacha pasó la vista al contenido del billete, que era el siguiente:

« No tenga usted cuidado por su dinero, amigo Lawson; hoy he estado á verlo y he tomado su fortuna bajo mi eficaz protección,—si algo necesita, gire contra su amigo y protector, el banquero *Antonio Larrea.* »

La muchacha se explicó entonces la generosidad de aquel hombre,—era un banquero,—y guardó el billete que dió á su patrón á las siete de la mañana siguiente:

Cuando Lawson hubo leído la esquela y se hizo relatar por la sirviente la escena del día anterior, no le cupo duda alguna de que había sido robado; duda que se convirtió en fatal certeza cuando abrió la caja de hierro: de allí faltaba una gruesa suma de dinero y una seria cantidad en letras al portador.

Inmediatamente salió á la calle para tomar sus medidas á fin de que las letras no fueran pagadas, y se apersonó la Policía, llevando el billete que le dejara Larrea, para que la autoridad procediese contra el ladrón.

A eso de las 12 del día, Lawson recibió por el Correo, una comunicación que no dejaba de tener para él un gran interés: era una carta del mismo Larrea, en que le devolvía las letras de cambio y pagarés, con las siguientes chuscas palabras:

« Te adjunto esa letra y te hago seria merced de sus valores, porque yo no puedo irlas á cobrar sin comprometer mi seguridad personal, haciéndole el gusto á la imbécil de la Policía, que está empeñada en reducirme á prisión, sin querer comprender que yo no he nacido para el presidiario sino para eclipsar la fama de Montecristo. Sé pues feliz con esta suma, y adiós.

Larrea. »

XXV.

La Policía, una vez que tuvo á Larrea entre sus manos, citó todas las víctimas de las raterías de este largo y finísimo derrotante, ocurriendo al llamado todas ellas, menos el desgraciado señor Dupuy, que había muerto de pena el año anterior, pues el robo de alhajas que le hizo Larrea fué tal, que lo dejó sumido en la mayor miseria y descrédito con sus comitentes, que tal vez se negarían á creer en que hubiese sido víctima de un robo tan hábilmente ejecutado y tan felizmente concluído.

Allí estaban el zapatero Muñiz, Juanita, la sirviente de Lawson y todas sus víctimas, en fin, con que debía ser careado, pues aún pretendía sostener su papel de hombre honrado.

Amalia y su padre, como la castellana, habían sido también citados para concurrir al interrogatorio del reo, que debía ser curiosísimo, por la audacia del procesado, que estaba completamente dueño de sí, y que desafiaba á que le probaron sus delitos, reconociéndose culpable sólo en sus casamientos, que dijo no eran dos, como se suponía, sino tres, y que hubieran llegado á veinte.

Su primer careo fué con el zapatero Muñiz, que lo afrontó por estar rodeado de agentes de policía, pues no podía dominar el miedo que le inspiraba aquel hombre extraordinario.

Al ver Larrea que Muñiz titubeaba y que no se atrevía á hablar con entera franqueza, desplomó sobre él una mirada de irla, diciéndole con el mayor sarcasmo:

—Habla, no seas tonto, no me tengas miedo, porque ya se han acogotado y me han despojado de mi sevillana.

De todos modos, otros han de *cantar* y me han de embromar en que habla sin recelo, y tan amigos como antes, que no por eso hemos de dejar de ser los mismos.

Muñiz, aunque no las tenía todas consigo, se repuso, y el interrogatorio principió.

XXVI.

Muñiz relató todo lo que á su respecto conocen nuestros lec tores: cómo había sido víctima del bandido facilitándole varia veces dinero que nunca le había devuelto, y cómo aquél lo ha bía robado cuando se negó á darle más dinero.

Se preguntó á Muñiz cómo había callado tanto tiempo la iniquidades de aquel bribón, y Muñiz confesó francamente qu tenía gran miedo que el bandido se vengara *abriéndolo en cana* como él decía, y que como sabía que una vez cortó la lengua á un desgraciado que lo delató, y que no duraba mucho en ningú presidio, había resuelto comprar su existencia callándose la bo ca, para no provocar la venganza de Larrea, que siempre era te rrible y segura.

Mientras Muñiz hablaba, Larrea lo miraba sonriente, com gozoso del temor que inspiraba y satisfecho del miedo que con fesaba aquel desgraciado, convencido de que hablaba, atemori zado por el poder policial.

—Tú mientes, dijo Larrea á su acusador: hablas porque tie nes lengua y porque yo no puedo ahora cortártela; tú me ha prestado dinero con fina voluntad y comedimiento, haciéndo me así diferentes servicios que yo te agradecería si no fueras tan roñoso para decir lo que has dicho: yo no te he robado jamás porque nunca me he ensuciado las manos en miserables jornale ros cuyo gran capital es la asombrosa suma de cinco pesos pape y cuatro pares de malísimas botas.

Y era asombroso el aplomo con que hablaba aquel cínico criminal: más que asistiendo á su propio interrogatorio, parecía que el bandido tomaba parte en una conversación en que estuviese ajena su persona y su propia seguridad.

—¡Pobre pelagato!—concluyó Larrea, no seas infeliz, y otra vez inventa mejor tus patrañas para que sean más verosímiles.

Tocó su turno á Juanita, la sirviente del doctor Gundin, cuya credulidad había explotado con palabras de casamiento.

Juanita se puso delante del bandido preguntándole si la conocía y se acordaba de las noches que había pasado engañándola.

—Ya lo creo que me acuerdo, replicó Larrea: tengo una memoria especial para recordar la cara de todas las queridas que tuve.

Juanita relató el robo cometido al doctor Gundin con todos sus curiosos incidentes que Larrea escuchó sereno, acogiendo con grandes risas la última parte del relato que se refería á la compra de las famosas tabletas mientras él *pegaba su golpe*.

El agente que presidía el interrogatorio preguntó á Larrea si era verdad lo que narraba Juanita y si se reconocía autor de aquel robo; pero el bandido miró á los que rodeaban con un profundo desdén, y dirigiéndose al agente, le dijo sencillamente:

—Extraño mucho que la policía se valga de medios tan estúpidos para perder á un hombre, dando crédito á las palabras de un remendón y á las habladurías de una mujer prostituída que quiere vengarse de mi abandono. Esta mujer, concluyó, es una de las tantas queridas que he tenido, que quiere vengarse de la debilidad de mi corazón, que no ha podido nunca conservar apego por más de tres meses á la misma mujer: rechazo en un todo las inculpaciones de esta mujerzuela como he rechazado las tonterías de ese remiendabotas; y Larrea negaba todas las a-

las tonterías de ese remien dabotas; y Larrea negaba todas las a-

cusaciones, según lo ha manifestado después, no por demorar su inevitable sumario, sino para darse el placer de entretener á

la policía y hacer trabajar mucho á los escribientes que entendiesen en la formación de su causa.

Larrea fué reconocido en seguida por todas las demás personas á quienes se había acercado para cometer algunos de sus robos.

El vigilante á quien recomendó cuidara la casa después de cometido el robo que causó la muerte al señor Dupuy, la sirviente de Lawson, su suegro el panadero, y Amalia; quienes relataron á su turno la manera cómo habían conocido al bandido.

Larrea negó todo y dijo que aquellas personas eran gente pagada por algún enemigo que deseaba perderlo.

Larrea apareció complicado y director de un robo que se cometió por medio de una sirviente en casa del doctor Rawson, sirviente que había colocado allí expresamente Larrea para llevarlo á buen remate, y de otro robo que se cometió con una modista de la calle Suipacha, siendo comisario de aquella sección don Raimundo Arana, y que el célebre ladrón cometió de la manera siguiente:

A las doce del día se presentó en casa de la modista muy emperifollada y llena de joyas, la mujer de Fonda, socio de Larrea, de cuya mujer se servía éste para ciertos tiros de efecto y de gran provecho sobre todo.

En la tienda de la modista había una gran cantidad de géneros ricos y piezas de terciopelo, que Larrea quería poseer.

La mujer de Fonda se mandó hacer un rico vestido de terciopelo, y siendo necesario tomarle la medida, la modista la hizo pasar á una pieza inmediata, donde se entretuvo con ella apénas unos diez minutos, tiempo que bastó á Larrea para apoderarse de todo lo que en la tienda había, y ponerse en salvo.

Cuando la modista y la lujosa marchanta volvieron á la tienda, sólo encontrarono en ella unos cuantos sombreros y unos cuantos géneros que había dejado Larrea por inservibles: la buena mujer se puso á llorar de pura desesperación, mientras la marchanta se alejaba precipitadamente de la casa, diciendo:

—¡Jesús, Dios mío, el peligro que he corrido!

La policía dió entonces con los géneros en una tienda que los compró inocentemente, pero no pudo dar con Larrea, que jamás se había puesto á tiro de la policía, ni en condiciones de ser preso.

Don Francisco Wright, comisario entonces de la sección primera, y uno de los agentes más activos y de mayor inteligencia que haya tenido nuestra policía, hizo mucho tiempo la caza de Larrea, infructuosamente, logrando verlo una sola vez que cayó en una ratonera de estos famosos bandidos, pudiendo salvar el pellejo gracias á su sangre fría habitual que nunca lo abandonó.

Wright sabía que el punto de reunión de Larrea y compañía era una peluquería que creemos existe aún, en la esquina de Maipú y Corrientes: esta peluquería, además de la doble entrada de la esquina, tenía una puertecita que daba á la calle de Maipú, puertecita que daba entrada al aposento marital del peluquero, aposento que estaba dividido del salón por un tabique de puerta vidriera, desde donde el comisario podía observar lo que allí pasara sin ser visto.

En combinación con el peluquero, Wright entró una noche por la puerta falsa de la calle de Maipú, y acompañado de una pistola de dos cañones que solía usar, se colocó en su acechadero, con la esperanza de que pudiera ir Larrea, y reducirlo á prisión con toda seguridad.

Fué entonces que Wright corrió un serio peligro, pues casi fué víctima de aquella gavilla, cuyo capitán era Larrea, que la empleaba en otro género de robos, que conocerá el lector cuando contemos la historia del famoso Fonda.

Wright había ido á armar lo que en lenguaje policial se llama una ratonera, y sin saberlo, había caído en una tan bien armada, que estuvo á dos dedos de ser *abierto en canal*, que, como se sabe, era la expresión favorita de Larrea.

El comisario Wright entró á la peluquería por la puerta falsa de la calle de Maipú, y se puso en observación del salón, dividido

como se sabe por el biombo del dormitorio del peluquero, donde sólo había la cama, un sofá, varias sillas y algunas ropas de mujer colgadas de una percha clavada en la pared.

Desde allí podía observar el salón á su gusto y echar mano al cuello de Larrea, así que éste se presentase, cosa inevitable, pues según dijo el peluquero al sagaz agente, allí iba todas las noches Larrea, acompañado á veces de otros amigos.

Unos cinco minutos hacía que Wright estaba en su acechadero, cuando entraron al salón dos individuos de gran talla, jóvenes y que debían ser catalanes, según el acento con que saludaron al peluquero, preguntándole si todavía no había venido don Miguel.

A una señal imperceptible para los catalanes, que hizo el peluquero al agente, comprendió éste que se trataba de los compañeros del bandido y que aquel don Miguel, por quien habían preguntado, no era otro que el individuo al cual esperaba.

El comisario Wright comprendió que su golpe fallaba, pues en vez de uno tendría que hacer con varios Larrea y observó la imprudencia que había cometido yendo solo á aquella pesca, que iba á ser difícil y casi imposible: pero era tarde para retroceder.

El menor ruido, la menor señal, podía despertar una sospecha en los bandidos, que haría fracasar su golpe, comprometiendo seriamente la vida del buen peluquero que no las tenía todas consigo, pues harto conocía la fina sagacidad de Larrea.

Los catalanes vestían como cualquiera, salvo una faja que estaba envuelta en sus cinturas, de entre cuyos pliegues asomaba el arqueado mango de esas navajas sevillanas, armas peculiares del bandido español.

Al cuarto de hora de estar allí los catalanes, entró Larrea, seguido de Fonda y de dos individuos más de igual pelaje á los que habían entrado primero.

Wright comprendió que había errado el golpe y que tendría que permanecer allí sin hacer el menor movimiento, para no descubrir la ratonera que podía ser utilizable la noche siguiente, en que concurriría preparado á todo evento.

Los sagaces bandidos, tal vez sospecharon algo por la palidez lívida que cubría el semblante del peluquero, que temía una tragedia de sangre en su casa, si los ladrones descubrían la presencia del agente policial.

Se miraron entre sí, y los dos primeros que habían entrado, dijeron que iban á pasar adentro del patiecito de que disponía el peluquero, á una necesidad, abriendo la puertecita del tabique que comunicaba al dormitorio.

Cuando los bandidos pusieron la mano en la perilla del picaporte, el peluquero presintió la desgracia y se conmovió, dominándose en seguida, con la esperanza de que el comisario Wright hubiera salido sigilosamente y ganado la calle en busca de protección.

Wright, por su parte, al ver que los bandidos se dirigían al dormitorio, previó lo que iba á suceder si era visto, y montando la pistola de dos cañones que había llevado, se deslizó por la pared, colocándose bajo las ropas de mujer colgadas en la percha.

Los bandidos entraron á la pieza, encendieron un fósforo y pasaron al patio, por el lado del inmóvil Wright, á quien no vieron, encandilados con la luz de los fósforos, ó preocupados por alguna idea que los llevaba al patiecito.

Los bandidos pasaron al patio, dejándolo en una situación más tirante aun que al principio: si salía al patio á buscar la puerta falsa que daba á la calle de Maipú sería acometido por los del patio, y si salía por el salón, sería acometido por Larrea y sus otros compañeros.

Podía salvarse perfectamente atropellando el salón, pero perdía la oportunidad de poder ponerse en acecho nuevamente y con mejores resultados; resolvió, pues, quedar allí, corriendo el riesgo de ser sorprendido; pero prefirió al riesgo que corría el buen éxito de una aventura policial, que daba por resultado la prisión del famoso Larrea.

Los catalanes regresaron del patio y entraron al salón sin haber visto al agente, hablaron entre ellos algunas palabras en catalán, saliendo de la peluquería en seguida, y tomando la dirección de la calle de Maipú.

Cuando los bandidos salieron á la calle, el peluquero ganó precipitadamente su aposento: tenía sus dudas de que el comisario hubiese sido muerto de un navajazo, dudas que habían crecido al oir á los bandidos hablar en catalán y salir á la calle.

Cuando vió que Wright estaba vivo, un peso enorme se levantó del espíritu, respirando recién con franqueza.

Wright ganó también la calle por la puerta falsa, pero no vió lo que buscaba; los bandidos habían desaparecido; preguntó al vigilante que daba vuelta la manzana, pero éste no había reparado en los prójimos por qué se les preguntaba.

Así perdió esa noche su tiro el comisario Wright, sin poder echar de nuevo la vista encima de Larrea, que no volvió á aparecer por la peluquería citada, con gran jabón del peluquero, que temía una venganza de Larrea, si llegaba á sospechar que había tratado de entregarlo, revelando á la Policía que él concurría allí.

XXVII.

Entretanto los interrogatorios del preso seguían con actividad, los careos se sucedían uno después de otro y el sumario iba ya tomando unas dimensiones colosales: de Montevideo y del Janeiro habían venido agentes de policía reclamando al criminal, con largos sumarios de los que hemos extractado los robos que Larrea cometió en aquellas capitales y que hemos narrado ya.

En todos los interrogatorios y en todos los careos, el bandido negó redondamente todas las acusaciones que se le imputaban.

Las sirvientes que declaraban ,eran antiguas queridas despechadas, y sus víctimas, gentes que se habían venido á la Policía para perderlo con falsas declaraciones y fábulas de pésima invención y de todo punto inverosímiles.

A Larrea ofrecieron una prueba y cuerpo de delito que tenía que anonadarlo, haciéndolo abandonar el camino de negarlo todo, que había adoptado; y este cuerpo de delito, formidable, ineludible, eran las cartas dejadas por él, firmadas de su puño, en cada casa donde había cometido sus latrocinios.

Al ver aquellas pruebas que lo anonadaban, Larrea no palideció, ni tembló, ni se demudó, como se esperaba; las leyó con toda tranquilidad una por una, y sonriendo al devolverlas dijo:

—Es verdad ,todas estas cartas son mías.

—¿Luego se reconoce usted culpable en todas las acusaciones que se le hacen ?

—¿Y cómo he de negar mi propia firma? dijo el bandido con

un cinismo inaudito; desde que yo lo declaro en esos papeles, debe ser verdad, sino no hubiera sido tan imbécil para escribirlos; todo eso es cierto y mucho más aun que no se conoce y que yo lo revelaré en algún rato de buen humor.

La audacia inaudita de Larrea ,tenía sorprendida á todas las personas que presenciaban este curioso interrogatorio, que tomamos fielmente de uno de sus tantos procesos instruidos en diferentes épocas.

—¿Y por qué ha negado usted antes para confesar después?

—He negado primero para ver de qué medios se valía la Policía para probar mis delitos, y segundo para que trabajen algo estos escribientitos que se muestran tan entretenidos: algún trabajo ha de valer el conversar con un hombre como yo, haciéndole decir lo que no quiere ó no tiene ganas: si ustedes no me hubieran puesto en el caso de negar mi propia firma, los hubiera entretenido por lo menos un mes más, antes de confesar.

—¿Luego se reconoce autor de todos esos robos y crímenes que han de ser castigados ejemplarmente?

—Me reconozco, puesto que lo he firmado; la única acusación que rechazo y que rechazaré siempre, es la del crimen cometido en casa del señor Lanús, atentado que aseguro no haber pensado en cometer.

Larrea negó siempre esta acusación, aun en sus momentos locuaces en que solía narrar sus aventuras con sus más graciosos y picarescos detalles.

El interrogatorio más curioso que se hizo á Larrea, y más cómico por las audaces respuesta del bandido, fué el que le hizo el provisor de la Curia, delante de sus dos mujeres, en la causa que por delito de bigamía le seguía la Curia.

Cuando ocurrió el provisor á la pieza donde estaba encerrado Larrea, acompañado de Amalia y la castellana, pidió que lo acompañaran agentes de confianza, pues tenía temor de quedarse á solas con el bandido, pensando muy cuerdamente que aquel hombre era muy capaz de apretarle el pescuezo para escaparse vestido con su traje.

Larrea reía alegremente al ver los recelos que abrigaba el reverendo provisor y lo invitaba á pasar adelante, dándole plenas seguridades de que no iba á atentar contra su vida.

El Jefe de Policía facilitó al provisor eclesiástico, la custodia que pedía y principió el curioso interrogatorio y careo, que extractamos casi al pie de la letra:

—¿Sois Juan Martín Larrea, natural de Valladolid?

—No sólo Juan Martín, sino Miguel Antonio y Antonio Miguel, con que me he solido disfrazar á veces.

—¿Os habéis casado con estas dos mujeres, incurriendo en el criminal delito de bigamía?

—No sólo con estas dos, sino con algunas otras que ustedes no conocen y que yo me guardaré muy bien de delatar.

Y era verdad, pues, después ha figurado en el sumario una tercer mujer de Miguel Larrea.

—¿Qué objeto habéis tenido al hacer esto, desafiando la cólera de Dios y la justicia de los hombres?

—Un objeto que no quiero revelar á Vd: primero, porque no le importa; segundo, porque no me da la gana.

—Responded con más respeto y no agravéis vuestros feos delitos con insolencias groseras.

—No me pregunte usted lo que no le importa, y en paz: yo contesto como se me antoja y no conozco derecho para hacerme responder de otro modo: si no quiere usted oir insolencias, no me pregunte impertinencias.

El provisor se mordió los labios de despecho y Larrea sonrió al ver la ira que empezaba á dominar á aquel hombre.

—¿Cuál de estas dos mujeres es la vuestra? volvió á preguntar dominándose apenas: ¿á cuál reconocéis por vuestra legítima esposa?

Larrea miró á la castellana de una manera suprema: había un poema en aquella mirada del bandido, que hizo temblar á aquella mujer extraordinaria, y volviendo sus azules ojos al provisor, replicó lleno de soberbia:

—La que usted no le importa: ya le he dicho que ni quiero

ni tengo que dar á usted cuenta de los actos de mi vida. Puede usted retirarse y dejarme enpaz, que este sermón es muy largo y siento que ya me duele la cabeza.

En vista de esto, el provisor salió seguido de Amalia; la castellana se había quedado allí, á pedido de Larrea.

Lo que pasó entre aquellos dos seres no se ha podido saber, porque ninguno de ellos lo ha revelado después; sólo se sabe que la castellana salió del cuarto llorosa y conmovida. Larrea quedó con los ojos inyectados de sangre, demostrando que había llorado mucho amargamente.

¿Qué había conmovido tan poderosamente el alma del bandido? ¿la idea de que su fin se aproximaba o el dolor de perder á su mujer?

Misterio que ha quedado hoy sepultado en el corazón de la castellana y en la tumba de aquel hombre extraordinario.

Larrea permaneció aquel día negándose á responder á todo lo que se le preguntó: dijo que estaba fatigado y quería descansar, por lo que pedía no se le incomodara de nuevo.

Al día siguiente permaneció sumido en el mismo silencio, negándose á tomar alimento alguno diciendo que le dolía la cabeza de una manera que le impedía coordinar ideas y someterse á un nuevo interrogatorio.

La acusación sobre el crimen en casa del señor Lanús, la rechazó de una manera enérgica.

Pidió que se citase para el día siguiente á su mujer, la castellana, con quien necesitaba hablar de asuntos de familia, referentes al sumario que se le instruía en la Curia, por separado.

Se le notificó que al día siguiente volvería el provisor á tomarle un nuevo interrogatorio, y manifestó que aquello era completamente inútil, pues repugnándole sobremanera aquel asunto, tenía el inquebrantable propósito de responder siempre al provisor con el tono y palabras que había empleado durante su prime interrogatorio, lo que se comunicó á la Curia.

Fué citada entonces la mujer de Larrea, que concurrió al otro día, tan llorosa como había salido; traía la fisonomía enfer-

míza y pálida, y sus ojos abatidos por el llanto y el sufrimiento, estaban surcados por profundas ojeras y sumidos dentro de las órbitas.

Aquella mujer se había arrepentido tarde de su acción: su amor por Larrea había crecido por las contrariedades, y se había despertado poderoso, irresistible en aquella naturaleza ardiente y voluntariosa.

Comprendía que había obrado contra ella, obrando contra el bandido y al ver á éste preso y amenazado, había sentido decaer por completo su espíritu y desfallecer toda la fuerza moral de que tanto alarde había hecho al principio.

La castellana fué introducida á la pieza que habitaba Larrea, donde tuvo lugar una escena tierna y tocante; desde que el bandido había confesado todos sus crímenes, se le había levantado la incomunicación y podía hablar libremente, aunque todos sus actos eran vigilados y escuchadas sus palabras por el eterno centinela que le guardaba la puerta, pues no se creía en la conformidad del bandido, sino por el contrario, que había de intentar escaparse en la primer oportunidad; temor que hizo registraran á la castellana antes de ser introducida, por si llevaba algún arma ú objeto peligroso, pues la habían visto desmayar y no seguir adelante en su proyecto de venganza contra su marido.

Apenas se vieron aquellas dos personas, cuya conducta de los últimos días les había estrechado más su cariño, cayeron uno en brazos del otro, permaneciendo así muchos minutos, en que no se les oyó la menor palabra. Ambos gemían como dominados por el mismo dolor y como si después de aquel abrazo debieran separarse para siempre.

Larrea se desprendió por fin de los brazos de su mujer y empujándola suavemente hasta la única silla que había en el cuarto, le dijo: — Siéntate y escucha; permaneció así lungos minutos absorbido en la contemplación de aquella hermosa cabeza agobiada por el dolor; sacudió después la suya como arrancándose de aquella contemplación arrobadora, y con un reposo extraño é imponente, la habló así:

—Es necesario que te vayas á Europa de nuevo: ya has cumplido el propósito que te trajo á América y debes regresar para no aumentar mi sufrimiento y para que no te sigan tomando por un instrumento de perdición mía, arrancándote nuevos datos que agregar á este largo sumario que me anonada y contra el de la Curia, que me molesta y me irrita sobremanera. Ya basta, pues, de sufrir.

—Yo no me voy, dijo la castellana gimiendo—mi puesto es aquí á tu lado y no puedo desertarlo para que lo ocupe esa mocosa.

—Tu puesto á mi lado no lo puede ocupar nadie, te he demostrado últimamente cuánto te he amado y te amo, puesto que por tí he renunciado voluntariamente á mi libertad: estando tú aquí yo estoy amarrado á una fatalidad invencible que arrolla y avasalla todas mis fuerzas: necesito la libertad de mi espíritu, para proceder con eficacia: yo tengo que huir de aquí, pues sabes que no he nacido para galeote y no lo intentaré mientras tú estés en América: vete á Europa y me habrás dado una prueba seria de tu amor.

—Yo no me voy, replicó llorosa, pero altiva la castellana—no me voy porque aún tengo celos y creo que tú me alejas para alejar el único poderoso estorbo que te separa de esa muñeca; yo quedaré á tu lado hasta que huyamos juntos y no se hable más.

—Sí, te irás, dijo amargamente Larrea; te irás porque yo creeré que te quedas para gozarte en tu cruel venganza, para estorbarme la huída y darte el placer de verme vestir el traje de galeote y verme subir al banquillo. Te irás porque no querrás exponerte á verme en esa situación, tal vez maldiciéndote y renegando de tu amor, por el odio que en mí habrá engendrado tu acción.

La astellana se sintió desmayar; aquellas palabras la habían conmovido de una manera poderosa, y un espíritu que se conmueve no niega nada, y mucho más al ser que se ama sobre todas las cosas; y aquella mujer amaba al bandido con delirio, lo amaba de una manera poderosa, como aman las mujeres ardientes al hombre que les ha inspirado el primer amor de niña y que ha llegado

á ser en ella un ídolo, un culto innato, cuyo encanto no hay acción capaz de hacer borrar.

Ciertas acciones como las de Larrea, llegarán á hacer dormir en el seno de una mujer una pasión de este género, sueño que es mantenido por la venganza, pero á un ruego del hombre, á una lágrima, al temblor de su voz suplicante, la pasión despierta más fresca, más poderosa, más incisiva, y el hombre vuelve á ocupar un sitio en el corazón de la mujer, recobrando todo su imperio, todo su encanto, todo su dominio, porque la mujer no obedece jamás á la razón fría, sino al impulso de sus sentimientos más delicados y más tiernos que en el hombre.

En el hombre la razón es mucho más fuerte: es la fuerza á que obedecen todos sus actos.

En la mujer es siempre el sentimiento el móvil que la impulsa.

He ahí la razón de esa abnegación sublime y sin límites que se encuentra en la madre que nos cubre de todo peligro sin mirar para atrás, y que no se encuentra en el severo cariño del padre que nos indica el camino del honor, á pesar del peligro, á pesar de todo.

Lo mismo puede conservarse en los amantes, cuyo amor, al lado del paterno, es un amor en segunda escala.

El hombre abandonará á una amante, cediendo á mil razones á las reflexiones de padre, al frío y severo razonamiento del amigo íntimo, á cualquier razón poderosa.

La mujer no conocerá razón suficiente á hacerla abandonar su amante ni aún el desprecio que le rodea, porque sus sentimientos son superiores á la razón que guía las acciones del hombre que no es bastante á obrar sobre las de la mujer.

Larrea había renacido en el corazón de la castellana, y la había vencido,—había conmovido sus sentimientos y se había apoderado de ella, que si había resistido á las razones del bandido, no pudo resistir á su lenguaje tierno y apasionado.

La castellana lloró y prometió al bandido que se embarcaría en el primer vapor que saliera para Europa.

—No tardaré en juntarme contigo, le dijo Larrea—ahora quiero hablar dos palabras con el hombre que te acompaña.

La castellana se asomó á la puerta, llamó y en seguida se presentó en el cuarto de Larrea el *terne* que la acompañaba.

Era este un hombre fuertemente simpático—su fisonomía viril y un tanto feroz, estaba endulzada por un par de ojos negros y traviesos y adornaba por unas tupidas patillas que los españoles llaman de *chuleta*, por sus formas.

El aspecto de aquel hombre era picaresco y resuelto.

Tenía el hábito de rascarse siempre la patilla izquierda con gran sorna, caricias que prodigaba con más ó menos frecuencia, según lo embarazoso de las circunstancias.

Era un mozo criado en la casa del padre de Larrea, célebre organista de Valladolid, y había venido acompañando á la castellana á quien tenía un profundo cariño, resuelto á evitarla toda desgracia aún á costa del mismo Larrea.

El *terne* entró á la pieza donde estaba el preso, con su ancho sombrero en la mano interrogando á la castellana con una mirada inteligente, como diciéndole ¿qué quiere que haga? ¿por qué me llamas?

—Entra, Balloch, le dijo el bandido, quiero hablar contigo cuatro palabras y hacerte una recomendación: Tú has venido acompañando á ésta y acompañándola es preciso que regreses á Valladolid: es necesario que la evites todo peligro, pues tal vez la persigan, y la dejes en casa de mi padre sin que el viento haya tocado uno solo de sus cabellos.

Mucho cuidado y andando, pues ya sabes que yo saldría de la cárcel y aún de mi tumba, resucitando con el único objeto de abrirte en canal.

Los hijos de Valladolid, como los españoles en general, son sumamente exagerados para hablar, y Larrea no había perdido esta exageración de lenguaje, que crecía cuando se hallaba entre paisanos, sabiendo que las palabras exageradas son mejor oídas.

El *terne* se rascó la patilla y miró socarronamente á la castellana como esperando su palabra, única á que obedecía.

—Es necesario volver á España, porque él lo manda así, dijo la castellana conteniendo sus sollozos á duras penas y comprendiendo la extrañeza de Balloch, se apresuró á añadir: No le abandonamos, dice que es necesaria nuestra ausencia para su evasión.

El *terne* volvió á rascar su patilla izquierda y sonriendo dejó oir estas palabras, con pronunciado acento catalán: *Stá ben andamos.*

Es preciso hacer notar que Larrea hablaba de su evasión delante del centinela que lo miraba asombrado: ó estaba plenamente seguro de evadirse, ó su razón había empezado á flaquear, haciéndolo cometer imprudencias imperdonables y extrañas en un hombre tan sagaz y de una astucia tan poderosa.

—Bueno, concluyó, haciendo un visible esfuerzo—adiós y hasta la vista—embárcate mañana mismo; y empujó á la castellana nuevamente que había quedado inmóvil delante de la silla en que estuvo sentada: miraba á Larrea á través de sus lágrimas; llegando el momento de dejarlo, se sentía sin fuerzas para dar un paso.

El bandido la impulsó hasta la puerta é hizo una seña al *terne* que rascaba su patilla izquierda y que abandonó su habitual tarea para colocarse al lado de la castellana y ayudarla á salir, tomándola suavemente del brazo y siguiendo el pequeño movimiento de impulsión que le había dado el bandido.

Como si hubiera necesitado un esfuerzo supremo para arrancarse de aquella situación fuertísima, la castellana dió vuelta como animada por una fuerza poderosa de impulsión, se abrazó á Larrea, le dió un beso sonoro y ardiente, y embozándose en su mantilla de chapa, y llevándose el pañuelo á los ojos, salió del cuarto de la Policía sin volver la mirada activa y firme.

El *terne*, sin decir una palabra ni dejar de rascar su patilla izquierda, oprimió la mano del bandido con una fuerza de timonel, y salió apresuradamente en seguimiento de la castellana, que había franqueado ya la gran puerta de la Policía.

Larrea quedó mustio y absorto en sus pensamientos: sentóse

sobre su catre, apoyó la frente en la palma de la mano, el codo en la rodilla y permaneció así más de media hora: cuando entraron las personas que instruían el sumario, para someterlo á un nuevo interrogatorio, el bandido alzó la cabeza y se vieron sus ojos azules cargados por un torrente de lágrimas.

Este día sufrió el interrogatorio sereno y respondiendo categóricamente á las preguntas que se le hicieron, lo que dió por terminado este sumario que debía ser elevado al Juez del Crimen en turno, poniendo al criminal á su disposición, después de remitirlo con toda seguridad á la Penitenciaría.

Larrea ingresó á la Penitenciaría como encausado, por cuya razón no debía ser afeitado y pelado, como es de régimen inevitable con los presos ya condenados y que deben vestir el uniforme de la casa, cambiando entonces su nombre por un número adherido á la espalda de la blusa, en los flancos de la especie de polis con que cubren su pelada, y sobre la pierna del pantalón.

Si esta situación hubiera entonces llegado para Larrea, hubiera sido víctima, sin duda alguna, de un fuerte ataque á la cabeza.

Allí, en su celda, permaneció una semana, ajeno á todo suceso exterior, sin hablar con persona alguna y contestando sólo por monosílabos á las preguntas que se le hacían sobre las necesidades más apremiantes de la vida.

Poco á poco se hizo más comunicativo, solicitó un ejemplar de su inseparable *Conde de Montecristo* y se volvió muy locuaz y accesible á todo género de preguntas que se le hacían sobre su vida y sobre los presidios de Europa.

He aquí cómo relataba él mismo su fuga del formidable presidio que habitó.

XXVIII.

Era la época de la revolución contra la reina Isabel II; la España ardía enmedio de la guerra civil y por todas partes no se oía más que el ruido de las descargas de fusilería que sembraban las calles de cadáveres.

El pueblo español es un pueblo viril, tal vez el más viril de la tierra; se bate por costumbre y por convicción, con un valor heroico y una tenacidad incontrastable: el soldado español siempre es en la guerra el soldado de Lepanto y de Trafalgar; rechazado veinte veces, veinte veces volverá á la carga con el mismo ardor, con el mismo empuje, con el mismo coraje que la primera.

Nosotros heredamos esas condiciones de raza, que vamos perdiendo á medida que la sangre española mezclada á otras sangres, se va alejando de nuestras venas.

El pueblo español se batía encarnizadamente siguiendo la bandera desplegada por el audaz Prim, y se batía con la eficacia que dió por tierra con la corona de Isabel II, cuyas tropas iban cediendo poco á poco el terreno al pueblo que gritaba entusiasmado y se batía con delirio porque creía batirse por el honor español y por sus derechos escarnecidos.

¡Ah! ¡si nosotros nos batiéramos hoy así!

En aquellas noches de muerte y de duelo, los presidios se habían resentido algo de la conmoción exterior: decían que Prim había abierto las puertas de unos, para buscar soldados á su causa, y que había prometido abrir las de los demás.

Los galeotes estaban enardecidos ante la idea de la libertad y hambrientos por salir á la calle á batirse al lado del pueblo que era para ellos batirse contra la autoridad, disputándole la libertad que ésta les arrancara justa ó injustamente.

Los presidiarios, en estas circunstancias, se baten de una manera feroz y fabulosa, siendo mucho más temible un grupo de presidiarios mal armados, que un cuerpo de línea disciplinado; y ciertos revolucionarios que saben esto, lo primero que hacen es abrir los presidios.

En el presidio que alojaba á Larrea, se sentía esta fuerte conmoción exterior, se sentían las descargas que se sucedían en la plaza con una frecuencia aterradora, y los soldados que daban la guardia á los presos corrían á las puertas en previsión de un motín del pueblo.

La vigilancia inmediata de los presos había sido abandonada, pues era más temible un ataque exterior ,que un motín interior, llevado á cabo por gentes sin armas y encadenados por parejas, en su mayor parte.

Larrea en su misma sagacidad había comprendido que era llegado el momento supremo,y en un segundo había concebido su plan de evasión poniéndose de acuerdo con otro galeote que debía de complotar su hábil y feliz idea.

A corta distancia de ellos había un centinela que prestaba más atención á los rumores de afuera que á los movimientos internos.

Larrea se acercó cautelosamente y le dió en la cabeza un gran golpe que le dió en tierra harto mal parado. Inmediatamente Larrea lo despojó de su uniforme y fusil, que vistió con una presteza increíble, y seguido de su compañero, se dirigió al cuerpo de guardia, donde se presentó gritando:—«¡Los presos se han amotinado!»

La conmoción natural que produjo aquellas voces entre los soldados, impidió á éstos fijarse en otra cosa que en el uniforme del que las daba y todos á una tomaron sus armas y se desparramaron en el interior del presidio.

Entonces Larrea, rápido, sin perder un segundo, se dirigió á la puerta de salida, dando gritos análogos á los que había oído, mientras su compañero gritaba á su lado:

—¡Viva el hermano del general Prim, que nos ha salvado! ¡viva su hermano el general Prim!

La multitud creyó las voces del forzado, y se apiñó alrededor de aquel hombre de aspecto distinguido, que vestía un uniforme del ejército, aunque estaba sin kepí.

XXIX.

—Vamos á dar libertad á los desgraciados, para aumentar las filas de los bravos, dijo Larrea, entusiasmando cada vez más á la multitud con su gallardo ademán: el día que la España comcombate por la libertad, no debe haber seres humanos que giman amarrados á una cadena por la orden inícua de una reina que á estas horas estará ya destronada!

«¡Viva el general Prim! ¡viva su digno hermano! ¡Viva la república española!» clamó la multitud, que invadió la plaza como una gran ola humana, y el presidio fué atacado con vigor y una bravura digna de aquel pueblo y de aquella raza.

El combate fué recio y sangriento: las tropas se defendían con la misma bizarría que habían sido atacadas, y ya el pueblo empezaba á tirar por detrás de una inmensa barricada de cadáveres.

Por fin aquel tumulto se fué difundiendo poco á poco, aquella muchedumbre, aquella masa de hombres y cadáveres fué tomando un aspecto muy regular, si cabe regularidad en aquella tempestad de muerte, y el pueblo dió su última carga, que fué espantosa.

Los soldados fueron arrollados, postrados por la muerte y la fatiga, y las puertas del presidio se abrieron para dar paso á un torrente de nuevos cambatientes, más feroces, más crudeles que los primeros, que se desparramaron por las calles con un estruendo horrible y una gritería infernal.

Larrea, vivado bajo el nombre del capitán Prim, seguido de la multitud ávida de combatir y vencer, y reforzado por los galeotes libres, paseó todas las calles, escogiendo con preferencia aquellas donde había tropas reales, y concluyó por marear al pueblo, haciendo alarde de un valor sereno y de una táctica asombrosa, llevando consigo el triunfo allí donde dirigía sus huestes improvisadas, que se iban engrosando cada vez más, por el populacho ávido de conocer aquel hermano de Prim, que, según el dicho popular de entonces, «había dejado en pañales á su mismo hermano el general».

Larrea, siempre bajo el prestigioso nombre que se había dado, recorrió varios pueblos embargando dineros de aristócratas hasta que llegó á la frontera de Portugal, á la que pasó diciendo iba á buscar tropas de refresco que lo esperaban.

El pueblo lo contemplaba alejarse saludándolo con sonoros vivas al general Prim, y á la República Española, mientras Larrea, bien montado seguía su derrotero, ávido de llegar á Lisboa, donde debía embarcarse para América.

Después de serias fatigas y temores que le asaltaban á cada paso, Larrea llegó á Lisboa donde permaneció dos días esperando el primer buque que pasase con destino á América, y se embarcó en el *Bourgogne* que lo trajo á Montevideo.

XXX.

Como se verá, el aspecto del retrato que insertamos no era el aspecto habitual de Larrea, ni conserva toda su belleza de expresión, que era lo que lo hacía verdaderamente interesante.

Fué un retrato sacado en la Penitenciaría, cuando su aspecto había sido endurecido por la reclusión, desfigurado por el crecimiento de la barba.

Larrea narraba este y otros episodios de su vida aventurera, describiendo los más graciosos detalles de sus robos, que habían pasado desapercibidos en sus sumarios; describía ciertas escenas con una gracia infinita, haciendo tomar á su imaginación un vuelo seductor que demostraba el talento de que estaba dotado, talento que había sido cultivado con algún esmero.

En una de estas amenas sesiones que el bandido daba á los empleados de la Penitenciaría y personas que entendían en su sumario, Larrea recibió la noticia de que su matrimonio con Amalia había sido anulado por la Curia Eclesiástica y á pedido de su suegro.

—¡Adiós, diablo!—dijo al oír la noticia—he aquí que de buenas á primeras enviudo de mi segunda mujer sin haber muerto la primera y única que tengo ante mi corazón—he aquí un milagro que no sucede á todo el mundo: ¡pobre fabricante de pan!

Al oirlo compadecer así á su suegro, que era el menos dañado en este asunto, preguntaron á Larrea por qué compadecía á su suegro el panadero y no á la desventurada á quien había robado su porvenir.

Oigamos de qué manera curiosa explicó Larrea aquella compasión tierna que manifestó por *el fabricante de pan*:

—Cuando yo me casé con Amalia, que era una muchachita muy hermosa, no fué tanto por poseerla á ella, como por poseer la panadería de su padre, establecimiento antiguo y de gran crédito, que me propuse explotar á mi manera.

Me casé pues, con la hija y mediante unos pocos miles que le dí al padre, me hice socio de la panadería, que empezó á girar con su propio nombre y el simple agregado de *y compañía*:—Como yo era realmente socio de la casa, podía usar la firma social en plaza, uso que empecé á practicar de esta manera:

Compraba grandes cantidades de harina, con pagarés á grandes plazos, que me acordaban por el crédito de la casa—y llevaba á la panadería de mi suegro, la harina que se necesitaba para el consumo, la que me proporcionaba poder cubrir con su dinero el primer plazo de los pagarés; pero el resto de la harina, que era siempre la cantidad más fuerte, era depositada por mí en casa de un amigo que la realizaba á un bajo precio y al contado, lo que me permitía hacerme de serias sumas de dinero contante y sonante.

De esta clase de negocios tan productivos hice muchos, hasta que se le ocurrió á mi mujer venir á América y entonces todo se lo llevó la trampa, incluso á mí mismo, que ya ven ustedes á qué punto detestable he llegado.

Dentro de poco deben vencer la mayor parte de los pagarés que con aquella firma social he cambiado por harina; sus tenedores se echarán sobre mi seguro y su panadería, y como los documentos son muchos y por muchos miles, mi pobre suegro va á quedar fundido sin haber alcanzado á pagarlos todos, á pesar de las buenas economías que tiene de reserva.

He aquí, amigos, por qué he compadecido á mi suegro y no á mi segunda mujer.

Y era verdad lo que el bandido decía; los pagarés se vencieron, y el honrado panadero que á pedido de su hija nos hemos comprometido á no nombrar, quedó en la calle, teniendo que sacrificar algunas propiedades que poseía.

Y al concluir su narración Larrea reía como si se complaciese infinitamente al recordar aquella maldad ruín.

XXXI.

Cuando el doctor Alsina inició los primeros trabajos sobre avance de las líneas de fronteras, y dió principio á los trabajos de la gran zanja que debía poner á raya la audacia de los indios empezaron á enviarse para trabajar en el zanjón muchos condenados á presidio, de los cuales la mayor parte cumplieron el término de su condena, fugándose los que no la habían cumplido.

Cuando Larrea supo que á las obras re zanjeo se enviaban habitantes de la Penitenciaría, empezó á hacer todo género de empeños para que se le enviase en la próxima remesa de presos, empeños que le dieron resultados negativos: era un pájaro demasiado famoso para que le abrieran la jaula nada menos que en medio de la Pampa.

—Yo necesito aire, decía Larrea como último recurso, aquí muero y desfallezco: mis pulmones necesitan el ambiente puro y poderoso de la Pampa, y siento la imperiosa necesidad del trabajo material: y la quietud de esta vida me enferma y siento que me enferma mortalmente: el trabajo material es lo único que puede volverme mi salud, que se ha quebrantado enormemente en los últimos meses de mi vida.

Todos estos ruegos fueron desoídos por completo: se tenía la certeza de que Larrea huiría una vez en la Pampa, certeza que se adivinaba en la febril avidez con que manifestaba su deseo; y hubiera sido una imprudencia punible el haber contribuído tan tontamente engañado, á esta última evasión del célebre criminal.

Larrea tuvo pues que renunciar dolorosamente á su nuevo plan de evasión, y renunció por largo tiempo á sus alegres narraciones.

Estaba triste y abismado en sus propios recuerdos; no hacía más que leer su libro favorito *El Conde de Montecristo*, y dirigir de cuando en cuando alguna pregunta trivial á la persona que le alcanzaba el alimento.

Su ánimo empezó á decaer gradualmente, tomó un aspecto enfermizo, y su mirada empezó á ocasionar serios temores y fué llamado para asistirlo el Dr. Santillán, médico de la Penitenciaría.

Así permaneció más de un mes, esquivando todo género de conversaciones, ocupándose solamente en su lectura favorita.

Una mañana, Larrea mandó llamar con gran apuro á D. Francisco Wright, Intendente de aquel establecimiento, y adoptando un tono sumamente protector, le dijo golpeándole el hombro con cariño:

—He resuelto hacer á usted millonario, ni más ni menos que lo que el Abate Faría hizo con Edmundo Dantés, su protegido.

Voy á hacerlo dueño de una fortuna fabulosa que va á dar envidia á los Anchorena, á quienes no he podido robar, no por falta de voluntad, se entiende.

Venga papel y pluma, quiero ver la cara e usted iluminada por una alegría descomunal.

Wright se sorprendió del aspecto de Larrea y de la vaguedad de su mirada dilatada y roja.

Fué á buscar la pluma y papel que le pedía el bandido, avisando lo que sucedía, pues creía que Larrea estaba demente, lo que él se explicaba por el trabajo que aquel hombre daba á su inteligencia para encontrar la manera de evadirse.

Volvió á la celda de Larrea con los útiles pedidos que aquél tomó precipitadamente diciéndole:

—Va usted ahora á asombrarse de la manera más profunda ante la estupenda generosidad de un hombre como yo, falto de todo egoísmo.

Larrea se sentó delante de su mesita y escribió con precipitación febril, y siempre con su hermosa letra española, este billete que alargó al señor Wright, agregando:

—Lea usted y admireme un poco: ¿soy ó no superior al resto de los seres humanos?

El papel que había llenado Larrea y que alargó á Wright, decía lo siguiente:

«A Victoria, reina de los ingleses.—Pagarás á la vista y al portador, sin permitirte hacer la menor observación, la cantidad de tres millones de libras esterlinas, que yo le regalo por que sí.

Tu soberano y señor—

Antonio Larrea.»

Wright contuvo una carcajada próxima á estallar, creyendo que Larrea estaría bajo los efectos de un ataque de enajenación mental; así es que dobló el papel preguntándole de la manera más seria que fué posible:

—Y ¿pagará la reina Victoria esta enorme suma, sin hacerme esperar?

—Ya lo creo que pagará, replicó convencido Larrea. La reina Victoria es débil como todas las mujeres: yo le salí al camino desplegando todos los atractivos de que soy capaz y la soberana inglesa fué mi esclava: ya he girado contra ella muchas sumas que se ha apurado á pagar temiendo que divulgue su secreto, y asimismo pagará este último giro, para que no divulgue yo la debilidad que tuvo conmigo.

En el mismo caso están Isabel y otras soberanas de la Europa, contra las que giro con frecuencia, así es que estoy en la situación de hacer felices á una docena de pobretes como usted.

Wright estaba absorto, sin saber si aquel era realmente un ataque de locura ó una escena fingida, pero era tal la expresión estúpida de la mirada del bandido, que no dejaba lugar á la menor duda.

El llamaba á todos los empleados de la Penitenciaría, con quienes tenía el hábito de hablar y les daba giros por inmensas cantidades, contra diversos soberanos de España, quienes pagarían, decía, porque le debían su reino, unos, ó porque le tenían miedo los otros, á causa de escenas feroces que le habían visto hacer: y todos, porque conocían su fabulosa fortuna.

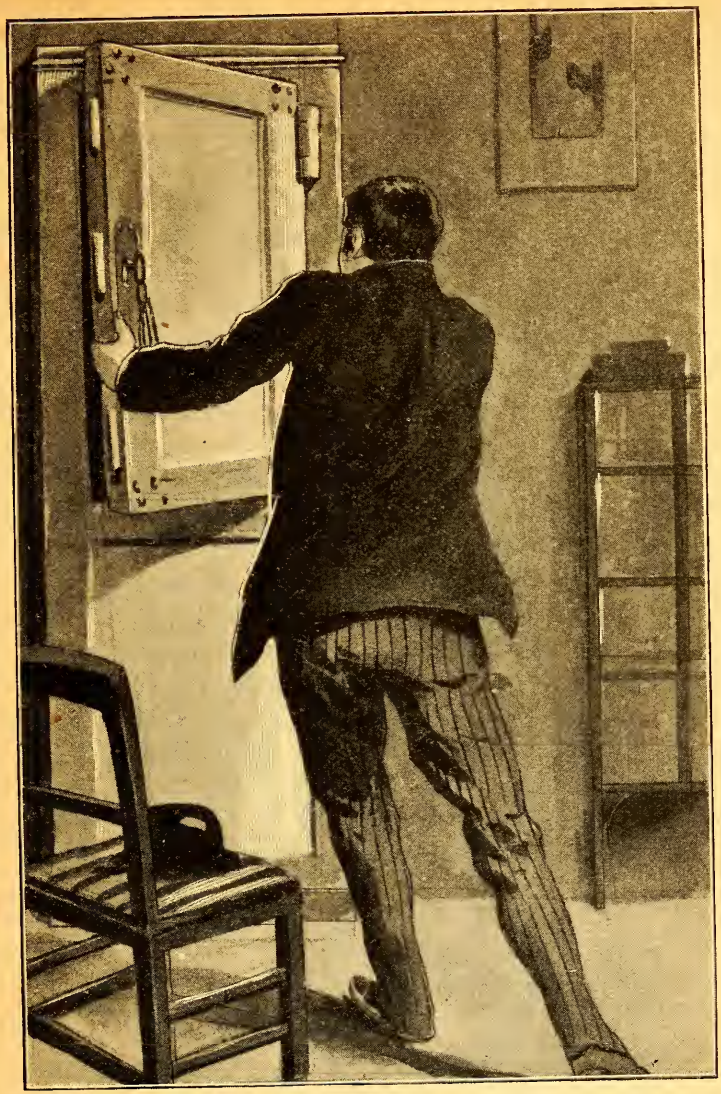
—Este, comparado conmigo, decía, golpeando sobre el tomo del *Conde de Montecristo*,—éste es un desgraciado que al lado mío no era más que un miserable mendigo: yo poseo riquezas inmensas que me permiten contar el oro, no por cantidades, como él, sino por toneladas.

El mes que viene debe llegarme un cargamento de onzas, en dos buques de mi propiedad: este oro lo había pedido yo para hacer bajar en la Bolsa los patacones hasta el valor de cuatro reales, pero ahora he cambiado de parecer y he resuelto regalárselo al señor O'Gorman, estimable persona á quien quiero hacer feliz: —Díganme ustedes, ¿Montecristo podía permitirse acciones como ésta? Nó, seguramente, porque se hubiera quedado en la última miseria.

—Cuando la guerra Franco-Prusiana, añadía Larrea, yo presté á Guillermo, que me tenía miedo, todo el oro que necesitó para pagar sus grandes ejércitos, y una vez que la Francia fué vencida, presté á su gobierno la indemnización de guerra que le impuso la Alemania triunfante. ¿Y saben ustedes cómo me pagaron ambos países? Pues me pagaron dándome sencillamente las gracias, porque yo les regalé á los asombrados pueblos aquellas sumas fabulosas.

Al hacer estos relatos, los ojos de Larrea se dilataban y tomaban una vaguedad dolorosa: su fisonomía idiotizada, hacía creer estaba bajo un ataque de enajenación mental, y pasando su mano sobre el ejemplar del *Montecristo*, lo trataba de miserable pobrete, soltanto una carcajada seca y estridente, que movía á compasión á aquellos que presenciaban tales escenas.

No se podía fingir una locura, con perfección tan asombrosa: Larrea estaba loco, ó era un artista dramático que hubiera toca-



UN CAPITÁN DE LADRONES.

La cerradura resistió un momento, pero en seguido cedió, . . .

el corazón de las moltitudes con un talento y un tacto inimi-
bles.

Fué llamado el doctor Santillán, quien lo reconoció con su-
atención, declarando realmente que aquel hombre extraordi-
rio estaba bajo aquella locura conocida por el delirio de las
ndezas, que es una de las más raras que conoce la ciencia.

La locura de Larrea fué conocida fuera del establecimiento,
cudieron á observarla muchos hombres de ciencia é inteligentes
iosos.

Solía tener, sin embargo, algunos minutos lúcidos. Entonces
blaba de su mujer, la castellana; hablaba de ella con un pro-
ido cariño y aseguraba que era la mujer de sentimientos más
bles que creía existiera sobre la tierra, recordándola con una
nura suprema.

Cuando estaba en estos momentos, Larrea contaba sus amo-
con aquella mujer, sus peladas de pava en la reja de su ven-
a, sus amorosas serenatas que solían concluir en un manteo
lo ó recibido por él, y las grandes iras de los otros amigos que
perseguían, y á quienes él espantaba muchas veces á guitarra-
, y siempre con grandes risas de su preciosísima novia.

Entonces se veía que la cabeza de Larrea había empezado
laquear desde la venida de su mujer á América, haciéndole co-
ter las únicas imprudencias que acusaron su falta de tino, has-
el punto de entregarse á la autoridad, y decir por último que
mandasen á zanjar en la frontera, no ya para restablecer su sa-
, sino para evadirse é ir á juntarse con su mujer.

XXXII

Larrea recibió una carta, que concluyó por hacerle perder el átomo de buen juicio que pudiera quedarle, y hacerlo entregarse por completo á la ola fatal de su destino, que era, bien lo sabía, el presidio perpetuo.

Aquella carta era de su mujer, de su hermosa mujer, que le daba noticias de lo que había pasado después de llegar á Europa, y cuyo extracto es como sigue:

«Al día siguiente de ser pasado tú á la Penitenciaría, me embarqué con el fiel Balloch, y me vine, como me lo mandaste, á casa de tu buen padre, que sin duda alguna esperaba nuestra visita.

«Mi viaje fué tranquilo, no lo sentí casi, pues tenía mi imaginación completamente preocupada por tu recuerdo; tú te ascapadías del presidio como otras veces, aguzando tu inteligencia con la idea de volverme á ver, y esto me hacía sólo la castellana hacía vibrar al tono de su amor verdaderamente inmenso.

«Cuando llegué á Valladolid, me vine sin perder tiempo á casa de tu padre: ¡pobre viejo! ¡con qué inmenso placer me recibió y con qué suprema avidez me preguntó por tí cuando yo entré derecho á su cuarto: estaba sentado delante de su órgano, arreglando un registro. Cuando me vió me abrió los brazos y me

estrechó en ellos con una especie de frenesí imposible de pintar. Yo me recosté en su pecho tembloroso, y el buen viejo empezó á preguntarme por tí, y á obligarme le dijese por qué causa no me habías acompañado.

«Yo me eché á llorar; no tuve fuerzas para ocultar nada, y allí, siempre recostada sobre aquel noble pecho, relaté todo, todo lo que me había sucedido en América, lo que tú habías llevado á cabo y la causa de tu prisión, concluyendo por decirle que tú te escaparías y que vendrías á reunirte con nosotros, pues así me lo habías jurado invocando su memoria.

«El buen viejo me escuchó sin pronunciar una palabra: dejó caer sobre la mía su cabeza, cediendo sin duda á la fuerza del dolor, y así permanecimos más de dos minutos.

«Yo comprendí que el viejo necesitaba consuelo, que era preciso darle seguridades sobre tu vuelta, y dominándome y haciendo desaparecer mis lágrimas, me desprendí de sus brazos para hacerme oir mejor; pero cuando retiré la mía, la cabeza del buen viejo cayó pesada como un plomo sobre mi hombro derecho. Se la levanté cariñosamente con la mano, prodigándole las más tiernas expresiones, alcé mis ojos buscando los suyos y entonces ví una cosa horrible que me heló de espanto.

«Sus ojos estaban abiertos é inmóviles, en su boca se dibujaba una amarga sonrisa y estaba lívido como un cadáver. Dí un grito horrible y acudió Balloch sacándome de allí á gran prisa: el noble viejo había muerto, había ido muriendo á medida que yo avanzaba en mi relato y tal vez con mi última palabra había exhalado su último suspiro.

«Tu madre, que no estaba en casa á mi llegada, regresó más tarde, recibiendo de golpe, por boca de la estúpida servidumbre, la noticia de mi llegada y de su viudez; aquella santa mujer tuvo fuerzas para sufrir el golpe: empezó por sonreir y concluyó por soltar una carcajada, pero una de aquellas carcajadas indescriptibles, que se lanzan sin estar de acorde con el resto de las facciones inmóviles, con la mirada vaga y con un temblor convulsivo en todos los miembros: la infeliz se había enloquecido.

«Yo he sufrido de una manera indecible: sobre la tierra no tengo ahora nada más que tú: si dentro de seis meses no has vuelto, será señal de que todo se ha perdido y entonces he resuelto darme la muerte, porque no habrá esperanzas ya para mí.»

Cuando Larrea llegó á esta parte de la carta, retiró de su vista la mano con que la sostenía, y de la que cayó la carta, alzó sus azulados ojos al techo de la celda y permaneció así largo tiempo entregado á su pensamiento.

De sus ojos caían silenciosas lágrimas que corrían por sus pómulos, y en aquel momento era realmente sublime la expresión de dolor que manifestaba el semblante de aquel hombre extraordinario.

Cinco minutos permaneció así anonadado, bajo la honda impresión producida por aquella carta en su imaginación demente.

Por fin, Larrea quitó la vista del techo, la fijó en la carta caída en el suelo, la levantó, prorrumpió en un sollozo desgarrador y miró con espanto á las personas que habían quedado allí, asombradas del efecto que producía la lectura en el espíritu de Larrea; conocían la carta por haberla leído antes de entregársela, según los reglamentos de la Penitenciaría, y admiraban la sensibilidad de aquel hombre que se conmovía ante la lectura de una carta tierna y que había permanecido impasible y duro antes las víctimas de sus robos, sin que hubiera podido moverlo á piedad la misma muerte que la desesperación y el dolor produjeron en el desgraciado señor Dupuy, cuya muerte le fué comunicada en los primeros días de su prisión.

Larrea paseó una mirada atónita por el semblante de todas aquellas personas que lo rodeaban y presa de una agitación súbita y extraña, les dijo apresudadamente y creciendo en vehemencia: —Vayan Vds. inmediatamente á casa y digan á mi mujer que no se mate, que yo he de evadirme de aquí aunque tenga que gastar mi inmensa fortuna que ya tengo comprado al Gobernador de la Penitenciaría, á los jueces y al mismo Gobernador de la Provincia, á quien he deslumbrado con mi oro; y como veía que nadie se moviera á obedecerlo, añadió creciendo en ira:

—Apresúrense ustedes, porque si no llegan á tiempo, si mi mujer se muere, abro en canal á todo el mundo.

Era tal la amenaza que había en toda la actitud de Larrea, que los curiosos salieron, dejándolo entregado á su dolor.

Larrea quedó solo, entregado por completo á su locura: había momentos en que deliraba á gritos sobre inmensos cargamentos de oro que debía recibir, y que destinaba á pagar su libertad al gobierno de Buenos Aires, estando el resto del tiempo dominado por visiones terribles en que se le aparecían esqueletos y fantasmas que pretendía apartar con movimientos febriles.

XXXIII

Entonces la locura de Larrea tomaba un carácter sombrío que espantaba: decía que aquellos espectros pretendían arrastrarlo para precipitarlo á un abismo donde lo esperaban sus víctimas. Larrea lanzaba gritos destemplados, y llamaba en su auxilio á todos los empleados de la Penitenciaría.

De pronto se tranquilizaba por completo, y volvía á soñar con sus tesoros y las grandes cantidades de oro que debía recibir.

Así permaneció Larrea tres ó cuatro días, negándose á tomar todo género de alimentos, y presa de una fiebre devoradora.

El doctor Santillán lo asistía con un esmero digno del mayor elogio, pero su salud empezaba á inspirar serios temores, pues si continuaba así, un reblandecimiento cerebral sería inminente.

A los dos días empezó á alimentarse ligeramente, pero sin que su salud se mejorara: estaba flaco y demacrado por el sufrimiento y la falta de alimentación.

Larrea empezó á agravarse lentamente: una absorción purulenta se empezó á diseñar en él y la enfermedad tomó entonces un carácter mortal.

Cuando entraron á su celda, la mañana del 28 de Julio, encontraron á Larrea muerto en su cama. Su actitud revelaba que la muerte había sido como una vela que se apaga, sin acusar un sufrimiento agudo ni una alteración violenta.

Avisado el doctor Santillán, practicó la autopsia en el cadáver ,autopsia que dió por resultado la clasificación siguiente:

«Muerte de inanición.»

El cráneo de Larrea es una preciosa pieza anatómica preparada por el doctor Santillán, de una bella configuración y una blancura mate que indican el esmero y paciencia de que se ha hecho gasto para reducirla á este estado que de un objeto de horror se transforma en un objeto de adorno y de estudio.

Con esta bella pieza anatómica por delante, pasamos á hacer un breve estudio, siendo los siguientes los rasgos generales del cráneo que observamos.

La masa encefálica está *simétricamente* equilibrada, ofreciendo el cráneo la apariencia de una perfecta regularidad.

Sin embargo, á primera vista se percibe que el conjunto de órganos encerrados en la parte posterior y lateral del cráneo y que comprende lo que puede llamarse los instintos animales, presenta un desarrollo considerable, respecto á la parte frontal, que contienen los órganos de las facultades intelectuales.

Esta es la falta de equilibrio moral que ha empujado á Larrea hasta el crimen, como se concibe fácilmente.

El amor físico, colocado por Gall, Spurzheim y otros frenólogos en el cerebro, aparece grandemente desarrollado en el cráneo de Larrea.

La debilidad de facultades morales que debían encaminarlas, explica el rumbo que aquel célebre criminal dió á sus pasiones afectivas en este punto.

El órgano de la adquisividad, colocado sobre las orejas, en la parte elevada del parietal, prominente en Larrea, ha tenido que degenerar en instinto irresistible de robo.

El órgano del valor (combatividad) colocado por Gall en la parte del cráneo que está detrás de la oreja y que es el que más llama la atención en el cráneo que examinamos, ha debido ponerse al servicio de los instintos sanguinarios de destrucción.

La imaginación es la facultad que más descuella, en la parte frontal y la protuberancia superciliar que resalta sobre el arran-

que de la nariz, responde á lo que se llama memoria local, ó más bien, memoria plástica, y que no es otra cosa que la facultad de retener las imágenes que una vez se han presentado á nuestros ojos.

Esta memoria de las fisonomías y de los lugares, ha debido ser el más poderoso auxiliar de Larrea, en su vida aventurera.

XXXIV

El valor y la depresión es el órgano de la veneración (parte superior del cráneo); dan por resultado la *audacia* incomparable que ha acompañado á Larrea en los más difíciles trances de su existencia borrascosa.

En las facultades intelectuales, la casualidad y las facultades comparativas, son dominantes y su intensidad ha dado por resultado una excepcional astucia.

La parte noble del cráneo no ofrece un gran desarrollo, como se nota en las cabezas de organización poderosa y de facultades generalizadoras eminentes; por ejemplo, el cráneo de Newton. No obstante, esta falta de desarrollo es sólo relativa al enorme desenvolvimiento de las secciones parietales y occipitales, ó sean laterales y posteriores de la cabeza.

Tomada aisladamente la sección frontal es bien rodondeada y bella, como la de esos cráneos que encierran órganos cuyo alcance es suplido por una intensidad asombrosa.

Es una de esas frentes *fugantes*, como dicen los franceses, pero redondeadas, que remedan las líneas faciales de Robespierre.

La memoria de las palabras á que responde el desarrollo de la masa cerebral colocada detrás de las órbitas visuales, aparece notablemente en el cráneo de Larrea.

El órgano de alimentividad, que se denota en los *pómulos salientes*, demuestra que no ha sido enemigo de la buena mesa.

Examinando la parte posterior de este cráneo que ofrece á

la mirada, acusadas vigorosamente, todas las protuberancias correlativas á una organización extraordinaria, se nota voluminosa y llena, la del órgano de la afectuosidad, lo que explica el intenso amor que Larrea profesaba á la castellana y la lucha poderosa de los diversos afectos que dividieron su corazón.

No somos de los que creen que se pueda hacer de la cabeza un mapa geográfico que permita señalar irrevocablemente los rasgos característicos de la organización humana, considerada en sus últimas y más altas funciones ó actividades fisiológicas.

Pero creemos sí, que no se piensa ni se siente con el estómago ó con el corazón; este músculo ingrato que no avisa como aquél al hombre lo que daña á su desenvolvimiento y existencia, y que la frenología espiritualista moderna, llevada á su última fórmula por Castle, y que tiene en cuenta á la par que las protuberancias craneanas el peso y la calidad de la sustancia cerebral, es una ciencia seria, digna de meditarse y capaz de iluminar poderosamente las investigaciones humanas.

FIN

Obras del Autor EDUARDO GUTIERREZ

que hay en existencia:

El Asesinato de Alvarez
Amor funesto
Croquis y Siluetas Militares
Los enterrados vivos

Pastor Luna
El Mataco (continuación y fin de Pastor Luna)

Santos Vega
Una Amistad hasta la Muerte (contin. y fin de Santos Vega)

Juan sin Patria
Juan Cuello
Juan Moreira

El Chacho
Los Montoneros
El Rastreador
La Muerte de un Héroe
} Historia completa de El Chacho

El Jorobado
Astucia de una Negra (continuación y fin de El Jorobado)

Juan Manuel de Rosas
La Mazorca
Una Tragedia de Doce Años
El Puñal del Tirano
} Historia completa de Juan Manuel de Rosas

Dominga Rivadavia
Infamias de una Madre (contin. y fin de Dominga Rivadavia)

Los siete Bravos ó Ignacio Monges
La Muerte de Buenos Aires
Hormiga Negra
El Tigre del Quequén
Los Hermanos Barrientos
Carlos Lanza
Lanza el gran Banquero
Los grandes ladrones
Un Capitán de ladrones ó Antonio Larrea

Un viaje infernal - Una demanda curiosa